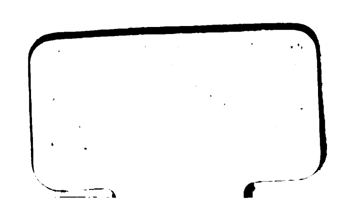



TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA



LA CALUMNIA.

COMEDIA EN CINCO ACTOS

escrita en francés por Mr. Scribe,

DE LA ACADEMIA FRANCESA:

traducida libremente

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.



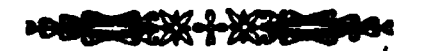
MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

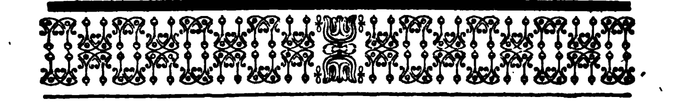
Junio de 1844.

PERSONAS.

ROBERTO W..., *primer ministro.*
EDUARDO, *miembro de la cámara de los comunes.*
CECILIA, *pupila de Roberto.*
CLARA, *hermana de Roberto.*
DANIEL, *marido de Clara.*
LADY SAUDERS, *tia de Cecilia.*
EL CONDE DE WISLEY, *diplomático.*
MACKINGTON, *pretendiente.*
JOHN, *criado.*
PRETENDIENTES.



La escena es en Brighton, sitio real de Inglaterra.



Acto primero.

El teatro representa la sala de una fonda. Puerta en el fondo, y ventanas que dan á los jardines y al mar. Puertas laterales que conducen á lo interior. Piano y mesas de juego. A la derecha una mesa grande redonda, donde estan los papeles públicos.

ESCENA PRIMERA.

MACKINGTON *y* PRETENDIENTES, *sentados al rededor de la mesa; leyendo los papeles.—Salen* CLARA *y* CECILIA; *detras de ellas* JOHN *y* LADY SAUDERS, *á quien da el brazo* EDUARDO.

Eduardo. (*A John.*) Estarán pronto dispuestas las habitaciones de estas señoras?

John. Al instante: ningun año ha venido tanta gente como este al real sitio de Brighton, acompañando á la corte. Habeis escrito vuestros nombres en el registro de forasteros?

Clara. Es verdad que no!

John. (*Dándoles el libro.*) Tomad... con eso hareis tiempo. (*Las tres señoras y Eduardo escriben sus nombres.—Los actores estan colocados del modo siguiente: Mackington y los tres pretendientes al rededor de la mesa de la derecha: John en medio del teatro yendo y viniendo: Clara, Cecilia y lady Sauders sentadas á la derecha: Eduardo en pie detras de sus sillas.*)

Mackington. Hola...! será gente de la comitiva de pala-

cio...? ó tambien pretendientes...? (*Leyendo en alta voz.*) «Gracias á la sabiduría del gobierno y á la actividad que despliegan los ministros, la industria y el comercio renacen por toda Inglaterra...»—Qué es esto...? nuestro periódico hablando bien del gobierno...! (*Mirando el título.*) Toma...! si esta es la Gaceta!—Muchacho...! dame el Noticioso.

John. Aqui está... lo estaba yo leyendo.

Mackington. (*Lee.*) «La debilidad y estupidez del gobierno...» Esto es...! «han paralizado los progresos de la industria...» Pues...! esto es lo que yo buscaba: con este periódico sabe uno siempre lo que va á leer.

John. Y entonces qué sacais en limpio?

Mackington. Nada... ponerme al corriente... (*Lee.*) «Por desgracia del pais, el miembro mas influyente del gabinete es sir Roberto... que de abogado adocenado ha subido á primer ministro... no se sabe cómo...»

Eduardo. (*Con viveza.*) No se sabe cómo...?

Clara. (*Conteniéndole.*) Chit...!

Mackington. (*Leyendo.*) «Y á espensas de la dignidad del pais.»—Tiene mucha razon; y despues de lo que se dice de él...

Pretendiente 1.° Es un hombre malo!

Pretendiente 2.° Un mal hombre!

Pretendiente 1.° Un mal ministro!

Pretendiente 3.° Un mal hijo!

Mackington. Eso es lo que no le perdono! Dicen que ha echado de casa á su padre: eso es atroz!

Eduardo. (*Viniendo al medio del teatro.*) Quién! Roberto...? Le conoceis vos, caballero?

Mackington. Oh! mucho...! es decir, por los periódicos... pues lo que es personalmente nunca le he visto; ya se ve, yo soy natural y vecino de Brighton, y en mi vida he ido á Londres; de modo que si la corte no hubiera venido hoy á este sitio real...

John. Y eso es porque el rey se ha empeñado.—Dicen que el ministro se oponia á que viniese, para impedirle que viera por sus ojos los pobres que hay aqui.—(*Vase.*)

Eduardo. Eso es una estupidez!

Clara. (*Conteniéndole.*) Callad, Eduardo... quereis dar un escándalo...? vos, que sois su amigo...?

Mackington. (*Siempre sentado.*) Y no es él quien tiene la principal culpa... sino su familia... su hermana.

Clara. (*Levantándose.*) Caballero...!

Eduardo. (*En voz baja y conteniéndola.*) Que os van á conocer!

Mackington. (*Continuando.*) Su hermana, que, segun dicen, es una muger ambiciosa, intrigante de primera tijera...!

Pretendiente 1.° Ella es la que gobierna y distribuye todos los empleos.

Clara. (*Contenida por Eduardo.*) Pero esto es demasiado...! (*Eduardo consigue hacerla sentarse, y permanece á su lado.*)

Pretendiente 1.° Dígalo su marido... un banquero... un tonto... un hombre nulo, que acaba de lograr esa magnífica contrata...

Mackington. Es posible...! y yo pidiendo una miserable administracion, y sin poderla conseguir!

Pretendiente 2.° Oh! es un negocio seguro!

Pretendiente 3.° Que dejará un millon de beneficio!

Mackington. Y dárselo á un pariente...! Pues no hubiera sido mas acertado concedérselo á alguno de la oposicion... y atraérselo de esa manera...

Pretendiente 1.° Qué modo de gobernar!

Mackington. Eso da grima!

Pretendiente 2.° Es la mayor torpeza...!

Pretendiente 3.° No tanto, señores!—Porque dicen que el banquero partirá ganancias con su cuñado el ministro.

Mackington. De veras?

Pretendiente 1.° Toma...! es posible!

Pretendiente 2.° Es probable...!

John. (*Que ha llegado un momento antes.*) Es positivo!

Los tres pretendientes. No hay la menor duda!

Cecilia. (*Dirigiéndose, ya impaciente, á Clara y á lady Sauders.*) Y podeis escuchar á sangre fria tales calumnias?

Lady. (*A media voz.*) Qué haces, Cecilia...? tú que eres su pupila...!

Clara. Su protegida...

Cecilia. (*Levantándose.*) Por eso mismo quiero tomar su defensa!—(*Todos se levantan. La colocacion de los*

personages, contando por la derecha del actor, es esta: los tres pretendientes.-Mackington.-Eduardo.-Cecilia.-Clara.-Lady Sauders.) Bien sé que no le toca á una niña juzgar del talento ni las opiniones de un hombre de estado... pero lo que yo sé es que mi tutor es un hombre de bien: lo que yo sé es que la escasa fortuna que me dejaron mis padres, él me la ha aumentado... y él nada tiene, nada absolutamente! Ese hombre, señores, tan avaro, tan lleno de dinero... ha tenido que contraer deudas para dar un dote á su hermana.

Clara. Cecilia...! mas bajo...!

Cecilia. Y por qué he de hablar bajo, cuando se le acusa á voces?

Clara. Esas cosas no se dicen!

Mackington. Perdonad, señorita... perdonad; no sabiamos... que si no, yo me hubiera guardado bien... Oh! y eso que vos habeis dicho debe ser positivo... yo, por mi parte, cuando me dicen una cosa... la repito literalmente, y sin ninguna especie de intencion.

Clara. Como un eco...!

Mackington. Eso es: en mi vida he inventado una sílaba.

Clara. Cosa muy descansada para el entendimiento!

John. (*Saliendo.*) Ya se divisan los coches de la comitiva.

Mackington. Vamos, vamos á verlos llegar.—Señoras... (*Saludan los tres, y se van.*)

ESCENA II.

EDUARDO. CECILIA. LADY SAUDERS. CLARA.

Lady. Estás en tí, Cecilia? tomar asi la palabra, y ponerte á discutir con estraños... con gente baja!

Cecilia. Tia, siento haberos disgustado... y tambien á sir Eduardo... segun me lo manifiesta su silencio.

Eduardo. No tal, Cecilia... concibo vuestra indignacion... y yo mismo la sentia, oyendo ultrajar asi á un antiguo condiscípulo... á un amigo de la infancia, á quien debo mi felicidad... puesto que él me entrega vuestra mano. Pero ya sabeis que este casamiento de-

be celebrarse sin ostentacion... Por eso hemos venido á Brighton... y el ministro llegará tambien un dia antes que la corte, para asistir á la ceremonia sin que nadie le conozca... Por eso en un pueblo donde todo es chismes y cuentos... temo que esta escena...

Clara. Oh! vos temeis de todo! cualquier rumor os asusta... cualquier especie os pára: siempre estais averiguando qué dice la voz pública, para no ir contra ella; y no dáis un paso, no haceis una visita, no saludais á un amigo, sin mirar al rededor, y decir todo asustado: qué dirán?

Eduardo. Es cierto; y ahora que os amo, Cecilia, confieso que temo mas que nunca el juicio de las gentes...

Cecilia. Eso es honradez...

Clara. Ó cobardía... porque, en fin, vos sois íntimo amigo de mi hermano, y en el fondo pensais como él... si señor, lo mismo; pero el miedo á la opinion os impide ser... de la vuestra; y en la cámara votais contra él por miedo tambien... por miedo de los periódicos, que os quitan el sueño. Qué mas! os enamorásteis de Cecilia... cuanto puede enamorarse un diputado, y habeis estado un año sin declarar vuestro amor... y por qué? porque miss Cecilia es sobrina de lady Sauders, emparentada con la nobleza, y habeis estado pensando: qué dirán los periódicos...? qué dirá la oposicion...?

Eduardo. (*Con seriedad.*) Señora...!

Clara. Y ademas, pupila de un ministro...

Eduardo. Si él siguiese mis consejos, y no despreciase tanto la opinion pública, no daria lugar á los ultrajes y calumnias...

Clara. En primer lugar, vos llamais opinion pública á la de vuestros amigos; y en segundo, esas calumnias que se inventan no tienen fundamento...

Lady. (*Con gravedad.*) Quién sabe... señora... quién sabe...!

Cecilia. Cómo, tia...! dareis crédito...?

Clara. (*Aparte.*) No puedo ver á esta vieja!

Lady. Poco á poco. Eso de la opinion pública es cosa muy delicada!—Yo no sé qué fundamento podrán tener esas voces... porque como vivo retirada en mi castillo de Escocia... Pero entre la gente baja hay un

refran que dice: cuando el rio suena... Y vamos, cuando se dice una cosa... por absurda que parezca... siempre tiene algun fondo de verdad... siempre!

Cecilia. Cómo, tia...! vos no creeis que la calumnia...

Lady. No, hija mia, yo no creo tal cosa; la calumnia no existe: murmuracion, concedo; pero cuando se murmura... hay por qué. En la alta sociedad no se inventa nada... se cuenta. (*Durante este diálogo Eduardo se ha retirado hácia el foro, y al bajar se coloca á la izquierda de Clara.*)

Clara. (*Con malicia.*) Pues en ese caso, personas hay de quienes se cuenta mucho.

Lady. (*Con altivez.*) Las conoceis vos, señora?

Clara. (*Mirándole.*) Algunas conozco...

Lady. En vuestra familia, sin duda. Por ejemplo, el favor que disfrutais con vuestro hermano... y esa contrata que ha logrado vuestro marido, bastarian á justificar algunos de los cargos que se hacen al ministro.

Clara. (*Con ironía.*) De veras...?

Eduardo. (*Con viveza.*) Ahi está...! bien se lo dije...! y á pesar de mis instancias... á pesar de mis ruegos... cedió á vuestras exigencias.

Clara. Ah! sois vos el que se oponia...

Eduardo. Y me faltaba razon? ya veis el resultado... ya veis las hablillas que hacen correr vuestros enemigos!

Clara. Las desprecio...! Y en cuanto á mi marido... no se limitará á esa gracia... espero que irá mas adelante.

Eduardo. (*Con fuego.*) Estais en vos...! y el pais... y la prensa... y el mundo...! qué se dirá?

Clara. Pues...! vuestra frase favorita...! ya la estaba esperando.

Eduardo. Pero qué respondeis...?

Clara. (*Variando de tono.*) Que cuento con vuestro matrimonio... para que distraiga de esto á las gentes... No dejará de llamar la atencion ver de una parte tanto entusiasmo, tanto ardor... y de otra (*Señalando á Cecilia.*) tanta frialdad y reserva. Será chistoso que halleis dentro de vuestra casa la oposicion que tanto os gusta en la cámara. (*Viendo salir á John.*) A Dios, Eduardo... A Dios, señoras... nuestros cuartos estan corrientes... y voy á hacer un poco de tocador para recibir á mi hermano y á mi marido. (*Saluda y se va.*)

ESCENA III.

CECILIA. LADY SAUDERS. EDUARDO.

Lady. Los ministros, pase... pero sus mugeres y sus hermanas... son insufribles! Hay en esta tontuela un remedo de señora... que me apesta! Vienes, Cecilia?

Eduardo. (*Deteniendo á Cecilia.*) No; yo os pido un momento de audiencia... creo que bien podeis concedérselo á vuestro futuro esposo... y delante de milady vuestra tia... (*Ambas vuelven á su lado, quedando los tres colocados asi: lady Sauders.-Cecilia.-Eduardo.*) Cecilia, cuando os vi por primera vez en Londres el invierno pasado, dije para mí: «ó no me caso nunca, ó me caso con ella.»—Mi condiscípulo y amigo Roberto, á quien confié el secreto de mi corazon, me ayudó á vencer los obstáculos... Él, como tutor, podia intervenir en vuestros bienes... lo demas dependia de vos y de milady, que por su elevada cuna podia acaso negar vuestra mano á un hombre de humilde nacimiento... pero él lo allanó todo... venció su resistencia... y lo que es mas, la vuestra... si... yo no me hago ilusion... fue su influencia, y no mi mérito, lo que os decidió... pero yo, en el esceso de mi gozo, no examiné, no vi... sino mi felicidad. No me acordé entonces de la vuestra... y ahora, Cecilia, por la primera vez... temo que sea únicamente la obediencia...

Cecilia. (*Sonriendo.*) Ya estoy...! las palabras de Clara han producido su efecto...

Eduardo. No... no tal! (*Con empacho.*) Pero ella ha notado... vuestra frialdad... vuestra reserva... y si es cierto, como decia poco há milady... que en todo lo que se dice hay siempre un fondo de verdad... si esta union ha de costaros una lágrima, un suspiro... en fin, si no me amais... como yo os amo...

Cecilia. (*Con gravedad.*) Os entiendo, sir Eduardo... y puesto que apelais á mi franqueza, oid.

Lady. Cecilia... qué vas á decir?

Cecilia. Todo lo que siento. (*Despues de una pausa, y volviéndose á Eduardo.*) Quedé huérfana desde muy niña: mi padre, proscrito por haber seguido el partido de los Estuardos, murió en tierra estrangera, y en-

cargó en su testamento la administracion de los escasos bienes que le quedaron á un jóven que él habia educado... abogado pobre y oscuro... Este jóven era sir Roberto, vuestro amigo... vuestro condiscípulo...

Eduardo. Ah! sí...! ya sé lo que debeis á su celo y á su talento... ya sé que vuestros bienes estaban confiscados...

Cecilia. Y él me los hizo devolver...

Eduardo. En una magnífica defensa que fue la que dió principio á su fama...

Cecilia. Y trocó en una inmensa fortuna los escasos bienes de esta huérfana. Lady Sauders, mi tia, consintió entonces en sacarme del colegio donde mi tutor me tenia, y llevarme consigo á su castillo de Escocia... donde pasábamos la mayor parte del año. Los inviernos íbamos á Londres, y allí me he visto rodeada de jóvenes galantes que se decian adoradores... mios ó de mis bienes... no trato ahora de averiguarlo. Árbitra de dar mi mano, no lo hice, porque ninguno de ellos mereció preferencia de mi parte: todos me eran indiferentes... uno solo quizá interesó algun tanto mi corazon... ó mi imaginacion... yo no sé... creí que le amaba... le amé tal vez...

Eduardo. (*Con viveza.*) Y él...?

Cecilia. Ni lo echó de ver... ni ha pensado nunca en mí!—Hizo bien: yo no podia ser suya: el deber nos separaba... y para mí, Eduardo, no hay alianza posible, en oposicion con el deber.—Esto basta para decir que aquella quimera ya no existe.—Os presentásteis vos y pedísteis mi mano: mi tutor me dijo: «Sir Eduardo Clinton es mi amigo de la infancia y mi adversario político; pero hombre de mérito... hombre de honor. Te ama ciegamente y te hará feliz... yo te lo ofrezco, ten confianza en mí.»—Mi respuesta fue: amigo mio, disponed de mi mano.—Ya sabeis cómo os he conocido y cómo se ha formado este enlace; fiel á mis juramentos y á mis deberes, me portaré como muger honrada, como fiel amiga, y me haré digna de vuestro aprecio... os lo prometo... os lo juro!—Ahora vos quereis exigirme ese amor ardiente y apasionado que sentís... y que sería reprensible en mí, si ya existiera: pero el tiempo lo traerá sin duda, y cuan-

do asi suceda, Eduardo, yo os diré la verdad... os la diré siempre!—Y ahora que lo sabeis todo, creeis en mí?

Eduardo. Ah! sí...! mas que en mí mismo...! he sido un insensato... he exigido lo que solo debo esperar del tiempo y de mi cariño!—Para empezar, os juro desde este momento entera y absoluta confianza... y suceda lo que suceda... digan lo que digan...

ESCENA IV.

JOHN. EL CONDE DE WISLEY. LADY SAUDERS. CECILIA. EDUARDO.

Conde. Cómo es eso...! no hay cuarto para tu antiguo amo? Arréglate como puedas, necesito uno... y el mejor...! Quiero alojarme en esta fonda, porque es la mas cercana á palacio... Hola! aqui hay damas...! (*Las saluda.*) Razon mas para no irme á otra parte.

Eduardo. (*Aparte á Cecilia, que le saluda.*) Quién es ese jóven... que os saluda con tanta intimidad?

Cecilia. No sé... él me conocerá tal vez; pero yo creo que no le he visto nunca.

Lady. Ni yo: puede que se equivoque... pero en la duda... (*Hace una cortesía al conde, que responde con otra, y las dos se van con Eduardo por una puerta de la izquierda.*)

ESCENA V.

JOHN. EL CONDE DE WISLEY.

Conde. (*Siguiendo con los ojos á Cecilia.*) Linda muchacha...! y yo debo conocerla... por fuerza! —Dónde diablos la he visto...? En la ópera... ó en palacio...—Sabes tú quiénes son esas señoras...? á qué vienen al sitio?

John. No señor... no he podido hablar todavía con sus camareras; pero ahi han puesto sus nombres en el registro.

Conde. Ah! veamos... (*Lee.*) «Lady Sauders... miss Cecilia Macdonald...» No conozco...! pues juraria... (*Con

viveza.) Ah! sí... ya caigo...! es la jóven que vi hace seis meses...

John. La conoceis, eh...?

Conde. (*Distraido.*) Muchísimo...! es decir, de vista... por un recuerdo... un lance fatal que siempre estoy haciendo por olvidar... y cuando la corte se viene al campo y espero alegrarme y distraerme... En fin, aquello no fue culpa mia... un fatal compromiso... qué habia de hacer...! Ea, vaya al diablo el esplin...! (*Cantando.*) Tra, la, la, la, la...—Dime, John... va viniendo al sitio mucha gente de Londres?

John. Sí señor...! con la novedad de venir la corte... que hacia ya tantos años...

Conde. De modo que habrá sociedad...?

John. Yo lo creo...! ya se ha puesto aqui piano... y mesas de juego...

Conde. Vaya...! como si no hubiéramos salido de Londres! voy á dar mi dimision... estoy harto de la vida cortesana...! Entre amigos... queridas... acreedores... estoy ahogado...! y no es cosa de que el conde de Wisley viva como un cualquiera...

John. Debeis mucho, eh?

Conde. Por fuerza! Un vistazo por la mañana á la cancillería... donde mi tio me ha colocado para que vaya aprendiendo la diplomacia... luego al parque, dirigiendo los caballos desde el pescante... comida despues con los amigos... y á la noche el té en casa de mi bailarina francesa... y esto todos los dias...! no hay sufrimiento.—Por fin... (*Respirando con satisfaccion.*) gracias á Dios... me ha plantado.

John. Y eso os desespera...?

Conde. Al contrario...! he recobrado mi independencia...! estoy libre... y arruinado!

John. De veras?

Conde. (*Echándose en un sillon junto á la mesa de la derecha y hojeando el libro de registro.*) Es preciso hacerse filósofo...!

John. Ya se ve!

Conde. Aunque no sea mas que por mudar de vida... (*Mirando el libro.*) Qué veo...! Clara Morton...! aqui está... la hermana del ministro... y muger de Daniel Morton el banquero...—Esta es una muger co-

mo á mí me gustan...! Franca, altiva, resuelta... si no fuera tan veleidosa...!

John. La conoceis mucho...?

Conde. (*Con viveza.*) No, no...! es la virtud misma.—Pero conozco á su marido... un zascandil... un fátuo... y el hablador mas sempiterno...! siempre riéndose... y no hay nada mas triste que la alegría de los tontos. Tambien se ha metido en el gran mundo... y él me ganó la otra noche mi última libra.—Vamos, por fortuna no ha venido con su muger, y á lo menos no tendré aquí ese postema... (*Oyese reir dentro.*) Vaya...! Dios me ha echado su maldicion...! Ahi viene persiguiéndome... (*A John.*) Pronto, un cuarto... y que me preparen un baño... no me queda mas recurso que tirarme al agua... (*John se va.*)

ESCENA VI.

EL CONDE, *sentado mirando el libro, y volviendo la espalda á los demas.* DANIEL, *que sale por el foro con* MACKINGTON.

Daniel. (*Riendo, y trayendo de la mano á Mackington.*) Ja, ja...! eres tú, Mackington...! Ja, ja...! el primero que he visto al apearme del coche... qué hallazgo... vaya...! quién me hubiera dicho que habia de volverte á ver...! Ja, ja...!

Mackington. Al cabo de veinte años...!

Daniel. Cuando estábamos en el escritorio de mister Dewel... te acuerdas...?—Y te acuerdas de su muger... y del tenedor de libros...? Ja, ja...!—No digo mas... porque ya entónces me llamabais mala lengua, y satírico, y... Ja, ja...! Tú, no: tú siempre fuiste buen muchacho... cándido, crédulo é inofensivo... Ja, ja...!

Mackington. Gracias...!

Daniel. Ja, ja...! siempre creias todo lo que te contaban...—Dime, te casaste?

Mackington. Por qué me lo preguntas?

Daniel. Por nada... por gusto...! te casaste?

Mackington. No es mal gusto...! con cuatro chiquillos...

Daniel. Y dime... dime... se te parecen...? Ja, ja...!

Mackington. Hay opiniones... y estoy en vísperas de cinco... de manera que aunque tengo algunos bienes... amigo, con cinco lobos no hay nada que baste. Asi es que estoy pretendiendo hace tiempo... y ahora que viene la corte, pienso pedir una audiencia al rey...

Daniel. Déjate de ver al rey... ese es el camino mas largo... Yo te conseguiré lo que quieras... tengo vara alta... es decir, mi muger, que es hermana del ministro...

Mackington. (*Admirado.*) Calla...! mi amigo Daniel... tú eres cuñado del gobierno...!

Daniel. Como lo oyes... pero siempre el mismo: ja, ja...! estoy en zancos... (*En confianza.*) y aun he de subir mas...

Mackington. A qué?

Daniel. Yo no quisiera... pero mi muger se ha empeñado... ha puesto pies en pared... y qué remedio... tendré que ser miembro del gabinete para tener paz en mi casa.

Mackington. Cáspita...! pues yo no quiero tanto: con la administracion de Brighton, que está vacante por muerte del que la servia... me contento.

Daniel. Bien... veremos.

Mackington. Lo malo es que hay opositores á la plaza.

Daniel. Ja, ja...! eso siempre...!

Mackington. Un tal Hasting... empleado antiguo... que tiene servicios...

Daniel. No importa... tú tienes amigos... Ponte en comunicacion con mi muger... yo te presentaré á ella, que es la que hace todo eso... Yo no cuido mas que de disponer los saraos... pasear con los jóvenes de Londres...

Mackington. Hola...! eres jóven?

Daniel. Mas que antes... ja, ja...! no ves que soy rico... con dinero no hay edad... Asi es que hago unas conquistas... ja, ja...! quién se resiste á un banquero...! oh! estoy acosado... ya te contaré aventuras mias... y de otros muchos... silencio, que viene mi muger!

ESCENA VII.

EL CONDE, *siempre sentado y de espaldas.* DANIEL. MACKINGTON. CLARA, *que sale por una puerta de la izquierda, y se pára un momento delante de un espejo.*

Mackington. Ay, Dios mio...! es esa tu muger...?

Daniel. La misma.

Makington. La hermana del ministro...?

Daniel. Sí: voy á presentarte. (*Dirígese á ella: Mackington se retira al fondo.*)

Clara. Gracias á Dios...! Dijiste que llegarias al mismo tiempo que yo... y hace ya un siglo...

Daniel. Veniamos como un rayo... pero á lo mejor se rompió una rueda, y tuve que estarme paseando... Ja, ja...! yo soy el hombre de las aventuras...! — Mira, aqui te presento... (*Va al fondo á buscar á Mackington: Clara ve al conde, que se ha levantado, y se acerca á él. Quedan colocados asi: el conde.-Clara.-Daniel.-Mackington.*)

Clara. El conde de Wisley...!

Daniel. (*Soltando la mano de Mackington.*) Ja, ja... el condecito...! no os esperaba yo hasta mañana con la carta... venís á pedirme el desquite de las libras que os gané la otra noche...? por mí, corriente...

Conde. No, no: no quiero esponerme...! sois harto afortunado en todo...! si bien la fortuna que menos os envidio es la que teneis al juego!

Clara. (*Interrumpiendo.*) Y pasareis toda la jornada en Brighton?

Conde. Es probable.

Daniel. Hombre...! toda...! y venirse antes que la corte...! Algun misterio tiene... El conde no se contenta con las conquistas de Londres... todos los años sale á recorrer la Inglaterra en busca de aventuras.

Conde. Yo...

Daniel. Hace seis meses que anduvo por Escocia... alli nos encontramos... os acordais de aquella célebre aventura amorosa en que yo os sorprendí...

Conde. (*Con viveza.*) Sir Daniel...!

Daniel. Un lance chistosísimo... digno de una nóvela...! si yo te contara...

Conde. (*Colérico.*) Caballero...! me disteis palabra de no hablar de ello... ni á mí, ni á nadie de este mundo!

Daniel. Y no hablo... no digo nada. Pero es cierto que si se lo contara... Ja, ja...!

Conde. Volvemos...!

Daniel. No, hombre, no...! Ya sabeis que yo... eh...? soy reservado... y cuando un amigo me confia... — A propósito... dónde anda...? (*Volviéndose á Mackington.*) Ven acá. Te presento, Clara, un amigo antiguo...

Clara. Caballero...

Daniel. Mackington, propietario de Brighton...

Mackington. Servidor...

Daniel. Sugeto muy honrado, que pretende la administracion que está vacante para ser útil al pais...

Mackington. Señora...

Daniel. Con cuatro palabras que le digas á tu hermano... (*A Mackington.*) Tienes hecho el memorial?

Mackington. (*Buscando en el bolsillo.*) Siempre llevo uno...

Daniel. Mi muger se encarga de dárselo al ministro... No es asi?

Clara. (*Con frialdad.*) No señor.

Daniel. Cómo no?

Clara. No quiero que se diga que yo distribuyo empleos.

Daniel. Y quién lo dice...? (*A Mackington.*) Algun tonto... no es verdad?

Mackington. (*Cortado.*) Por supuesto...! (*Mirando á Clara.*) Y cuando uno no conoce á las personas...

Daniel. Dices bien... cuando mi muger te conozca, verás como habla por ti. (*Clara habla en voz baja con el conde.*)

Mackington. Mucho temo que no!

Daniel. (*A media voz.*) Ya verás... y en último caso, en diciéndola: yo lo mando...!

Mackington. Sí, sí... díselo!

Daniel. Pero no delante de gentes...!

Mackington. Es verdad!

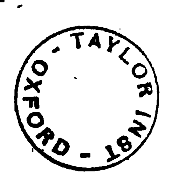
Daniel. Déjame el memorial, y vuelve luego.

Clara. (*Al conde.*) Sí, saldremos antes de comer á dar un paseo por el mar... y cuento con vos! (*El conde la saluda y se va por una puerta de la derecha: Mackington se va por la del foro.*)

ESCENA VIII.

CLARA, *sentándose en la silla donde estuvo el conde.*
DANIEL.

Daniel. Ahora que estamos solos, hazme el gusto de decirme por qué has recibido tan mal á mi amigo Mackington.
Clara. Tu amigo?
Daniel. Verdad es que hacia veinte años que no le veia... pero no importa... ya he tomado yo cartas... y no quiero pasar con él por un cero á la izquierda... conque, ya ves... siqüiera por mi decoro personal, hazme el favor de recomendar su memorial.
Clara. (*Toma el memorial, lo echa sobre la mesa y dice con rabia, dando sobre él golpes con el puño.*) Hazme tú el favor de no volverme á hablar de ello!
Daniel. Pues yo quiero...!
Clara. (*Levantándose.*) Qué es eso?
Daniel. Digo que quiero saber la razon...
Clara. La razon es que ese Mackington es un tonto; que es un enemigo nuestro... que antes, aqui, sin conocerme, ha repetido las calumnias que se dicen de mí y del ministro.
Daniel. Lo mismo hubiera repetido los elogios... él es de la opinion de todo el que le habla... nunca se opone á nada... Si supieras qué buen hombre es!
Clara. (*Con sequedad.*) Eh! basta ya de hablar de ese hombre.—Qué me dices de Londres? has visto á mi hermano...? ha venido contigo?
Daniel. No llegará hasta esta tarde... tenia consejo de ministros... parece cierto, como tú me dijiste, que se trata de hacer algunas modificaciones en el gabinete...
Clara. Sí... el ministro de Hacienda será uno... le hablaste á mi hermano?
Daniel. Solté algunas espresiones... pero él hizo como que no las entendia.
Clara. Torpeza...! debiste hablarle claro. Él cree que con haberte dado esa contrata ha hecho bastante... que ya estás satisfecho...
Daniel. La verdad es que lo estoy...



Clara. Pues no es verdad... no lo estás... no señor! Un hombre que ocupa el primer puesto entre los banqueros de Londres... debe aspirar... Y en fin, si tú no lo quieres, yo sí! Por qué hemos de ser menos que otros...

Daniel. Pero muger, un ministerio es cosa...

Clara. Los otros no digo que no... Se necesitan estudios... Pero el de Hacienda qué tiene que hacer? sumar y restar...

Daniel. Sí... pero ya conoces á tu hermano... se encogió de hombros... y yo no me atreví á continuar...

Clara. Pues yo se lo diré.

Daniel. Cuando él dice una vez que no...

Clara. Yo le haré decir que sí. De algun modo me ha de pagar la fineza que le hago. Sabes por qué he venido á Brighton sola, sin aguardar á la corte?

Daniel. Por capricho tuyo...

Clara. No señor; para asistir al casamiento de sir Eduardo, el amigo de mi hermano, y nuestro enemigo... de ese hombre que nos hace la guerra... que es el que trató de impedir que se nos diera la contrata... él mismo me lo ha confesado.

Daniel. Y qué tenemos nosotros que ver con que ese señor se case...?

Clara. Que se casa con una jóven escocesa que ha llegado hoy con su tia á Brighton... un angel que mi hermano eleva hasta las nubes... en fin, su incomparable pupila, miss Cecilia Macdonald.

Daniel. Esa de quien habla tan á menudo...? y es tan hermosa como él dice?

Clara. Ahi está con su tia lady Sauders... una vieja mas estirada y mas linajuda...! apenas nos hemos visto hemos chocado.—Por lo que hace á la novia, mi hermano me encargó mucho que la tratase con amabilidad, con cariño... orden ministerial que he tenido que obedecer... pero haciéndome fuerza... porque tambien la niña me apesta!

Daniel. Por qué?

Clara. Porque siempre mi hermano me la está citando como el emblema de todas las virtudes... el modelo de la perfeccion... y á mí me fastidian los modelos. Luego se casará con sir Eduardo... otro cócora...

tambien modelo en su género : el matrimonio irá á vivir con mi hermano, que los idolatra, que no les negará nada que le pidan... en fin, que nos usurparán la influencia que ahora tenemos nosotros... Ademas, la tendré siempre al lado... saldrá conmigo al paseo...

Daniel. Y eso qué importa?

Clara. Importa... (*Con impaciencia.*) importa, que es muy bonita... y no tengo yo necesidad...

Daniel. Hola...! es muy bonita...?

Clara. Eso es...! anda tú tambien ahóra á hacerle la corte... como la mires, te... (*Volviéndose y viendo salir á Cecilia, se dirige á ella con tono muy cariñoso.*) Oh! que es la linda Cecilia...! venid acá, hermosa mia...!

ESCENA IX.

MACKINGTON *sale por el foro y se dirige á* DANIEL. CLARA *va al encuentro de* CECILIA. LADY SAUDERS *y* EDUARDO, *que salen por la izquierda.*

Mackington. (*A Daniel en voz baja.*) Vamos, la has dicho ya : yo lo mando?

Daniel. (*A Mackington en voz baja.*) Me has comprometido...! por qué no me advertistes que esta mañana habias dicho...

Mackington. Es verdad, la erré... Pero una vez que tú la mandas...

Daniel. Es verdad... ya veremos... pero procura ponerte bien con ella... (*Sigue hablando con Mackington, volviendo la espalda á las señoras.*)

Clara. Sí señores... mi marido, que no tiene el gusto de conoceros, y desea os le presente.

Lady. (*A Eduardo.*) No es el banquero de quien se hablaba antes?

Eduardo. El mismo. (*Clara toma de la mano á Daniel, que estaba hablando con Mackington, y lo presenta á las dos señoras: Daniel pasa al lado de ellas, quedando los personajes colocados asi: Mackington.-Clara.-Daniel.-Cecilia.-Lady Sauders.-Eduardo.*)

Daniel. (*Mirando á Cecilia.*) Calla...! no me equivoco... yo he tenido ya el gusto de ver á estas damas...

Cecilia. Dónde, caballero?

Daniel. Hace cosa de seis meses... en Escocia... en Edimburgo!

Cecilia. No recuerdo... pero bien puede ser... (*A lady Sauders.*) Allá fuimos cuando vuestro pleito.

Lady. Un dia estuvimos en Edimburgo.

Daniel. Pues eso es! (*Aparte á Clara.*) Y es esta Cecilia Macdonald... la novia de sir Eduardo...? Ja, ja...! me alegro... me alegro...!

Clara. Por qué...?

Daniel. (*Aparte y riendo.*) Ja, ja...! nada... cierta aventura amorosa en que yo la pillé allá...

Clara. (*Con gozo.*) Es posible! cuéntame...

ESCENA X.

DICHOS. JOHN.

John. La falúa está esperando... cuando las señoras gusten embarcarse... (*Cecilia, lady Sauders y Eduardo se van.*)

Clara. (*A los tres que se marchan.*) Allá vamos al instante... (*A Daniel con impaciencia.*) Vamos, Daniel, cuéntame... cuéntame...!

Daniel. No, muger... no puedo decirlo...

Clara. Pues yo quiero saberlo!

Mackington. (*Acercándose.*) Si esta señora se dignase...

Clara. Todo depende de mi marido... como él hable... (*Da el brazo á Daniel y dice riendo al irse.*) La linda Cecilia... la jóven modelo ha tenido ya aventuras amorosas... delicioso...! delicioso...! (*Se va con Daniel.*)

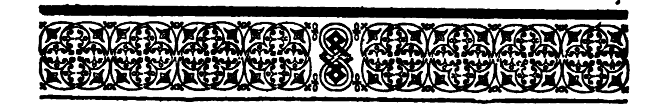
Mackington. Calla...! aventuras amorosas esa niña...? á su edad...? es cosa increible...!

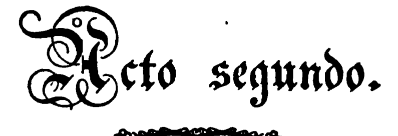
John. El qué?

Mackington. Nada... (*En confianza.*) Parece que esa jovencita que estaba aqui antes, ha tenido ya un amante...! (*Se va.*)

John. (*Solo, riendo.*) Hola...! ha tenido ya amantes...! Para fiarse de la señoritas de la corte...! Ha tenido amantes...! (*Oye sonar campanillas por uno y otro lado.*) Voy... voy! (*Se va corriendo.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.





La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ROBERTO, *con un legajo de papeles.* EDUARDO.

Eduardo. Por fin has venido, mi querido Roberto... cómo has tardado!

Roberto. Qué quieres...? cuando uno es ministro no es dueño de nada... ni de sí propio; y tiene que renunciar á veces á su familia y á sus amigos. El consejo duró tanto, que ya temí no poder venir... y hasta en el momento de poner el pie en el estribo del coche me vi circundado de papeles y memoriales... Ahi tienes lo que traigo de Londres... (*Mostrando el legajo.*) Parte de ello me lo he leido por el camino... (*Yendo á ponerlos en la mesa de la derecha, donde quedó el memorial de Mackington.*) Pero al verme en el campo... la soledad... el silencio... el aire puro, refrescaron mi imaginacion, y dieron, á pesar mio, nueva direccion á mis ideas... los papeles se me cayeron de la mano... lo presente desapareció de mi vista, y me hallé trasportado por los recuerdos de mi juventud... allá... al patio de la universidad... el dia que gané el primer premio en los exámenes generales... Amigos y rivales, todos me rodeábais, todos me aplaudiais... y mi padre lloraba... el buen viejo... y me estrecha-

ba en sus brazos... Mi pobre padre...! Todo el viaje le he hecho con él... contigo... con los mios... creia verme sentando al hogar paterno... acariciado, bendecido de todos... de nada me acordaba... era dichoso... era querido... no era ministro!

Eduardo. Y tu sueño puede continuar aqui... á mi lado... al de tu linda pupila...

Roberto. Sí, por veinte y cuatro horas estoy libre de enemigos y de aduladores... Pero mañana viene la corte y volveremos...—En fin, señor novio, que decis de vuestra futura?

Eduardo. Acabamos ahora de dar un paseo por el mar todos juntos... yo he ido á su lado, y te confieso que cada vez la amo mas...! qué hermosura... qué modestia... y qué amabilidad tan franca y tan candorosa...!

Roberto. (*Sonriendo*.) Vamos, te has enamorado de veras... y con razon, porque es un tesoro que cualquiera podria envidiar! Ah! si á un hombre de Estado le fuera permitido enamorarse... si mi juventud, ajada y consumida por el trabajo, no me desviase de toda idea de galanteria... esta es una conquista que yo te hubiera disputado. (*Riendo*.) Sí señor... yo, su tutor... hubiera arrostrado el ridiculo... estoy acostumbrado á ello...! y al menos esta vez lo hubiera hecho para ser feliz... porque esa es la muger que me convenia... bondad, dulzura, sana razon, juicio muy sólido... cuando la comparo con la loca de mi hermana... Qué ha hecho desde que llegó?

Eduardo. Acabamos de tener una discusion muy animada...

Roberto. Dónde?

Eduardo. Ahora... durante el paseo por el mar.

Roberto. Hola! un combate naval?

Eduardo. Justamente! Cecilia y yo defendiéndote contra tu hermana y su marido, que te atacaban fuertemente.

Roberto. (*Riendo*.) De veras...? me alegro...! y cuál era la causa del ataque?

Eduardo. Decian que no haces nada por tu familia.

Roberto. Y la contrata que le he concedido últimamente á su marido...?

Eduardo. Buena cosa...! confiarle un negocio tan delicado...! has cometido una debilidad...

Roberto. Ciertamente, si entre los aspirantes hubiera visto hombres de mérito... Pero todos los que me proponian... te lo probaré... eran hombres impuros... y ademas tan nulos como él; de manera que, sin injusticia, he podido conceder á mi cuñado la palma de la nulidad... y de la probidad!

Eduardo. No importa! debiste nombrar á otro... porque esa eleccion habia de escitar contra tí quejas y murmuraciones...

Roberto. Ese motivo es bueno para tí, que te asustas de las murmuraciones... pero no para mí, que soy todo al contrario: ya sabes que en los dias de combate, los gritos y las murmuraciones me estimulan y me alientan.

Eduardo. Sin duda ignoras lo que se cuenta y lo que se imprime...? Dicen que esa contrata produce inmensos beneficios, y que tu cuñado los parte contigo.

Roberto. (*Con frialdad.*) De veras! eso dicen? Me alegro mucho, y te agradezco la noticia.—Y qué mas...? no tienes otra cosa que contarme?

Eduardo. A la verdad que admiro tu frescura...! semejante cargo me haria á mí hervir la sangre en las venas!

Roberto. A tí... ya lo creo... no estás acostumbrado!— Tú y yo hemos elegido caminos diferentes... que quizá irán á parar al mismo punto... yo pisando á la calumnia y atacándola de frente... tú temblando á su vista, y agachándote para dejarla pasar. Precaucion inútil! por mas que uno se agache, aunque sea hasta el lodo... alli la encuentra, alli es donde habita... y te lo advierto, pobre Eduardo, con eso no logras desarmarla. Por mas que andes prodigando elogios... dando la mano... suscribiéndote á todos los periódicos, haciendo la corte á todo el mundo...

Eduardo. Escepto el poder!

Roberto. Qué diablo...! poco valor se necesita hoy para atacarlo... el valor seria defenderlo, y tú no te atreves!

Eduardo. Yo defiendo lo que todos aprueban... y repruebo lo que todos condenan: tú, por el contrario, te gozas en despreciar todas las opiniones, en contrariar todos los juicios! eres misantropo y gruñon... y haces gala de estimar á los sugetos en proporcion del mal que se dice de ellos. Y si hay uno que todos con-

vengan en elogiar, qué reuna el voto de todos...

Roberto. Ese no tendrá el mio.

Eduardo. Y por qué?

Roberto. Porque puede apostarse ciento contra uno á que esos votos son usurpados. Cuando un jugador gana todas las manos, señal de que la baraja está preparada.—La aprobacion universal es imposible. Los juicios humanos se componen de mas críticas que elogios... de mas errores que verdades... y el hombre cuyo mérito está en disputa... el hombre que cuenta algunos amigos y muchos enemigos... ese, ese es el que que yo estimo y defiendo... pero el que es amigo de todos, debe ser, en mi opinion...

Eduardo. (*Riendo*.) Un réprobo...!

Roberto. (*Animándose*.) Sí...! porque para ser amigo de todos, es preciso serlo de los malos, de los necios, de los intrigantes... No señor...! á esos debe uno tenerlos por antagonistas, por adversarios...! debe uno honrarse con su enemistad y envanecerse con sus injurias...! y como no podrás negarme que en este mundo los malos estan en gran mayoría... concluyo que el que tiene mas enemigos...

Eduardo. Es el mas hombre de bien...?

Roberto. Justamente!—Yo me glorío de ello...! y á cada nuevo libelo, á cada nueva injuria... me restriego las manos y digo: «ánimo...! vamos adelente...! sin duda he pisado algun reptil cuando me silba y me muerde!»

Eduardo. Y esas mordeduras multiplicadas te dejan invulnerable!

Roberto. Allá... al principio de mi carrera... te confieso que no tenia bastante fuerza de alma para ser insensible á esos tiros... pero cuando vi de qué modo se forjaban y se propagaban las calumnias... cuando vi, sobre todo, de dónde partian, y cómo, una vez lanzadas, no habia medio de detenerlas... cuando vi que las personas mas juiciosas y de mas talento acogian y creian los mayores absurdos, por el solo hecho de oirlos andar de boca en boca... entonces me decidí á no discutirlos, sino á despreciarlos y arrojarlos al lodazal donde habian nacido!—Si supieras cuál ha sido mi vida...! qué acusaciones... qué cargos...! que ven-

dia mi patria... que la entregaba al estrangero... asi lo han dicho...! como si eso fuese posible...! un ministro del rey...! un inglés...! yo... que daria mi vida por la prosperidad y la gloria de mi patria...! (*Conmovido.*) En fin, asi lo han dicho... no me importa!

Eduardo. Eso te hace impresion...!

Roberto. Ninguna... me es indiferente, te lo júro: lo que no me fue indiferente... ni podia sérmelo... fue verme atacado en mi vida privada... én mis mas caros sentimientos.—Mi padre... un pobre labrador de Escocia... gastó en mi educacion lo poco que tenia, y yo tuve la dicha de corresponder dignamente á su esmero, y á sus sacrificios. Gracias á él, concluí mis estudios y gané los primeros premios en la universidad... me distinguí luego como abogado y alcancé en el foro una reputacion de habilidad y honradez... que nadie entonces me disputaba... y todos mis triunfos, mi fama, mis coronas, Dios sabe que en el fondo de mi corazon se lo dedicaba todo á mi buen padre!—Pues bien! cuando el voto de mis conciudadanos me llamó á la cámara, y poco despues la confianza del rey me llevó al poder... al verme yo, hijo de un pobre labrador, en el suntuoso palacio del ministerio, mi primer pensamiento fue mi padre! inmediatamente fui á buscarlo para traérmelo á mi lado; pero él se negó á seguirme: «ya soy muy viejo, me dijo, el bullicio de Lóndres me asusta... prefiero la paz de este retiro... dame ese gusto, hijo mio!» Debí respetar su voluntad, y aquel retiro se lo adorné y embellecí cuanto pude... Pues una mañana... leí en un periódico que yo, nacido en la última clase del pueblo, me avergonzaba de ser hijo de un labrador... y que habia echado de casa á mi padre.

Eduardo. Echado...!

Roberto. Asi se imprimió...! y mil bocas lo repitieron.—Fuera de mí, ciego... corrí á buscar á mi padre y le dije: «De grado ó fuerza quiero que vengais conmigo... va en ello mi honor...! acusan á vuestro hijo de ingrato, de infame... venid!»—Aquella noche tenia en mi casa reunion... diputados, lores, ministros... lo principal de Londres... Entré con mi padre... lo pre-

senté á todos, y esclamé, inclinándome delante de él: « decidles, señor, decidles si vuestro hijo os respeta y os honra. »

Eduardo. Soberbio...! eso no tenia respuesta!

Roberto. Ah! tú crees que no la tenia...? tú crees que puede imponerse jamas silencio á la calumnia!—Al dia siguiente se decia que reconociendo yo la infamia de mi conducta habia querido repararla con aquel rasgo teatral, que pusieron en ridículo. En vano mi padre habló, escribió, clamó para justificarme... decian que aquella tardía manifestacion era dictada por mí: que yo le habia obligado á escribirla, que la pension que le daba era con esa condicion, que le habia amenazado con quitársela si declaraba la verdad... y desde entonces, haga yo lo que hiciere, hasta los hombres de mas juicio me tienen en ese concepto... Cuando se habla de un mal hijo, todos me miran... ó mas bien todos apartan los ojos de mí...! qué hacer... qué partido tomar... tirarme un pistoletazo... ya he estado para hacerlo... te lo confieso!

Eduardo. Dios mio...!

Roberto. Pero eso, lejos de desarmar á la calumnia, hubiera sido una prueba mas: mirad, hubieran dicho, mirad el efecto de los remordimientos...!

Eduardo. Eso dices...?

Roberto. Sí, amigo mio, sí... tú no los conoces!—Y cuando llegue el dia en que la vejez... y quizá las pesadumbres, pongan fin á la vida de mi padre... dirán que yo he sido la causa... dirán que yo le he muerto... me llamarán parricida... lo espero!—Pues bien! que lo digan...! que redoblen las injurias...! yo los desprecio!—Una palabra, padre mio... una sola palabra...! dad vuestra bendicion al parricida... y júzguenos Dios...!

Eduardo. (*Conmovido.*) Roberto...!

Roberto. Sí, Dios...! porque el juicio de los hombres... juicio de iniquidad y de error, no lo reclamo... ni les haré el honor de defenderme ante eso que llaman el tribunal de la opinion pública... Mi conciencia sola es mi guia.—Libelistas calumniadores, no espereis que dé un paso para desarmaros...! vuestras injurias me regocijan... y si llegarais alguna vez á elogiarme, di-

ria, como aquel ateniense á quien el pueblo aplaudia: habré dicho alguna necedad!

Eduardo. (*Sonriendo.*) Vamos, vamos... siempre el mismo...! entusiasta... exagerado... llevando las cosas al estremo...

Roberto. No diré de tí otro tanto!

Eduardo. A Dios gracias!

Roberto. Peor para tí!

Eduardo. Mejor digo yo!—Callemos, que viene tu pupila.

ESCENA II.

ROBERTO. CECILIA. EDUARDO.

Cecilia. (*Corriendo á Roberto.*) Ah! con cuánta impaciencia os esperábamos... vuestra tardanza nos tenia ya con cuidado. No os ha sucedido nada?

Roberto. Nada mas, hija mia, que el disgusto de no haberte visto antes.

Cecilia. Lástima que no hayais llegado á tiempo de acompañarnos en nuestro paseo por el mar!

Roberto. No importa... ya sé que no he estado ausente para tí... sé que me has defendido.

Cecilia. Vos no lo necesitabais.

Roberto. Sí tal... mis defensores son harto escasos para que no los mire con gratitud.—Y cómo está tu tia, lady Sauders...

Cecilia. Mucho mejor... y me ha encargado que suplique á sir Eduardo se sirva pasar á su habitacion para una grave conferencia, á que dice que yo no debo asistir.

Roberto. Ya...! negocio de intereses que toca á los parientes y al tutor... (*Tomando de la mesa los papeles que dejó.*) Toma... hazme el gusto de llevar esto á tu cuarto. (*Cáese un papel que estaba debajo de todos sin atar: Cecilia lo recoge y se lo presenta.*) Qué papel es ese que estaba suelto?

Cecilia. Aqui venia con los demas.

Roberto. (*Leyendo.*) «La administracion de Brighton, escelentísimo señor, está vacante por muerte del que la desempeñaba... y yo me atrevo á solicitarla...» —(*Doblando el papel.*) Qué persecucion de memoriales! Apenas llego, y ya me asaltan... pero cómo diablos me

lo han ingerido aqui...? á no ser que al bajar del coche... (*Metiéndolo entre los otros que tiene Eduardo.*) Ya lo leeré... no hay prisa.
Eduardo. Pero por qué no lo examinas...
Roberto. No tengo que examinar... el modo de dármelo está diciendo que es de un intrigante...
Eduardo. Será de algun vecino del pueblo... quizá persona influyente... y te vas á hacer un nuevo enemigo.
Roberto. Mejor!
Eduardo. Bastantes tienes ya!
Roberto. No me importa.
Eduardo. (*A Cecilia.*) Decid, Cecilia, quién tiene razon? á vos me atengo.
Roberto. Y yo tambien... sentencia tú: quién de los dos se equivoca?
Cecilia (*Con timidez.*) Quién...? quizá los dos. Yo no entiendo de política... pero se me figura... (*Indicando á Eduardo.*) que si el uno temiese algo menos las hablillas del mundo... y el otro las temiese algo mas...
Roberto. (*Riendo.*) Bravo...! caeriamos en el punto medio.
Cecilia. No; pero estariais los dos muy cerca de la perfeccion.
Roberto. (*Tomándola con galantería la mano.*) Ya lo estamos en este momento.
Celicia. Os burlais de mí...! eso no es bien hecho.
Roberto. (*A Eduardo.*) No he dicho la verdad? Y para que cuanto antes te acerques... anda á hablar del asunto... pronto iré yo. (*Eduardo se va por la izquierda.*)

ESCENA III.

CECILIA. ROBERTO.

Roberto. Y ahora, Cecilia, que le has tratado mas, crees que te dije la verdad? Prescindiendo de sus opiniones, que no tienen sentido comun... no es un escelente sugeto?
Cecilia. Si señor.
Roberto. Crees ser feliz con él?
Cecilia. Asi lo espero.
Roberto. No, no... eso no basta... quiero que estés se-

gura de ello... porque tu padre, á quien todo se lo debo, me dejó confiada tu felicidad... y si yo me equivocase...! habla, hija mia, ábreme tu corazon... En otro tiempo, cuando vivias conmigo, no hubiera tenido necesidad de preguntártelo... todo lo leia en tus ojos! Pero cumpliste los catorce años, y ya tuve que dejar de tratarte como hija... pues aunque te doblo la edad, mi posicion y el qué dirán me hicieron alejarte de mi lado y ponerte en manos de tu tia, que aunque no te ama como yo, me ha usurpado tu amistad y tu confianza...

Cecilia. Eso jamas...!

Roberto. En fin, ahora que ya no acierto á leer en tus ojos... tengo que preguntarte: qué quieres, Cecilia, qué deseas?

Cecilia. Nada, señor...! (*Conmovida.*) la eleccion que habeis hecho debe asegurar mi felicidad... Si no sucede asi, no será culpa vuestra... sino mia. Asi pues, no vacilo... porque vos sois mi padre... y yo debo obedeceros!

Roberto. Eso no me satisface... Eduardo es mi amigo... pero sin embargo... si tú prefirieses á otro... si hay otro que te ama... habla... de nada te culparé... si no de que me ocultes la verdad.

Cecilia. Ya os he dicho, señor... yo no soy amada de nadie!

Roberto. De veras?

Cecilia. De nadie... os lo juro...! escepto de Eduardo... y pienso, como vos, que bajo todos aspectos es una eleccion acertada... y conveniente!

Roberto. Enhorabuena... voy á decírselo asi... A Dios, hija mia, á Dios... (*Da algunos pasos para irse, se detiene y la mira.*) Cecilia...! tú tienes algo mas que decirme?

Cecilia. Yo...! es verdad... pero no me atrevia... (*Roberto vuelve á su lado.*) Queria pediros... pero no á vos, si no al ministro... y me da cortedad!

Roberto. Por qué...? si es justa...

Cecilia. Oh! muy justa!—Los pescadores que nos han llevado en su barca... son tan pobres... y cargados de hijos...! cuando la última tempestad se espusieron á perecer... uno de ellos salvó tres náufragos...

otro cuatro..., otro una madre con su niño de pecho... y no han tenido mas recompensa que los abrazos de sus hijos, que ya los creian ahogados... Hago mal en interesarme por ellos y recomendarlos?

Roberto. No por cierto! Y hoy pensaré en ellos... ahora mismo puedes decírselo asi.

Cecilia. Voy al instante...! con qué gozo les diré que llevo la palabra del ministro... del mismo ministro...! (*Roberto la abraza. Mackington, que sale, oye las últimas palabras y ve el abrazo. Cecilia se va por el foro sin verle.*)

ESCENA IV.

MACKINGTON. ROBERTO.

(*Roberto saca una cartera y toma nota de la recomendacion de Cecilia.*)

Mackington. El ministro...! es este que acaba de llegar... ya que su hermana no quiere hablarle, aprovecharé la ocasion... haré que no le conozco... asi tendrá mas fuerza lo que diga. (*Se acerca á la mesa, toma un periódico, y saluda á Roberto, el cual le contesta.*) Este caballero acaba de llegar, segun creo.

Roberto. Sí señor.

Mackington. De Londres?

Roberto. Sí señor.

Mackington. El rey llegará mañana...?

Roberto. Asi creo.

Mackington. Y traerá consigo al primer ministro...? qué hombre!—No estuvisteis ayer en la cámara de los comunes?

Roberto, Mucho que estuve.

Mackington. Dichoso vos! oiriais el famoso discurso que pronunció... qué hombre...! qué hombre...! qué final de discurso aquel!

Roberto. Pues fue precisamente el pasage que escitó mas murmullos!

Mackington. Qué importa eso!

Roberto. (*Acercándose á él.*) Hola! opinais asi?

Mackington. Mucho...! eso no quita que fuese un discur-

so soberbio...! qué hombre tan hábil...! qué hombre tan hábil...! (*Con enfado.*) Si no pensais como yo, tanto peor para vos... esta es mi opinion!

Roberto. Yo la aprecio mucho... (*Aparte sonriendo.*) sobre todo por lo rara.

Mackington. (*Con fuego.*) Qué hombre' de Estado... ó yo no entiendo una jota, ó es el único que tenemos!

Roberto. (*Aparte.*) Pues señor, es preciso venir á Brighton para oir cosa semejante!—Con que por aqui se le estima?

Mackington. Se le adora!—Este pueblo es escelente...! muy ilustrado... autoridades muy celosas... Antes de ayer murió un empleado muy apreciable...

Roberto. Ya lo sé... el administrador...

Mackington. (*Aparte.*) Ya lo sabe!—Hay varios pretendientes á la plaza...

Roberto. Sí... á mí me han dado un memorial para que lo presente...

Mackington. Es posible...?

Roberto. Me he encontrado con él sin saber cómo... creo que al bajar del coche...

Mackington. Oh! qué medios tan rateros... (*Aparte.*) Ese ha sido Hasting sin duda...! no se ha descuidado el bribon!—Pues yo aqui conozco á todo el mundo... y si vos me decís el nombre del que firma...

Roberto. No lo sé... no acabé de leer el memorial.

Mackington. (*Riendo.*) Yo bien sé de quién es!

Roberto. Sí...? y es hombre capaz...? tiene mérito?

Mackington. Pts...!

Roberto. Goza de consideracion en el pais?

Mackington. Tep...!

Roberto. Vamos... francamente... es un hombre nulo...!

Mackington. Pef...

Roberto. Admiro y aprecio esa delicadeza... pero os entiendo... y si acaso me consultaran, no olvidaría vuestros informes. (*Le saluda y se va.*)

ESCENA V.

MACKINGTON.

Yo no he dicho una palabra... no podrá decir nadie que

lo he calumniado... le hago la guerra legítimamente...

ESCENA VI.

CLARA. DANIEL. MACKINGTON.

Clara. Aqui me vas á decir... (*Viendo á Mackington.*) Es mucho esto...! no poder lograr que nos veamos solos...!

Mackington. Señora... yo creo que ya me habreis perdonado un error involuntario... y os dignareis apoyar mi solicitud...

Daniel. Sí, Clara, sí... yo estoy comprometido ya con mi amigo... y es preciso...

Clara. Corriente: le ofrezco el empleo, con una condicion.

Daniel. Cuál?

Clara. Que me cuentes con todos sus pormenores la aventura amorosa que me indicaste esta mañana... la aventura que sabes de Cecilia Macdonald.

Daniel. No puede ser, Clara, no puede ser... es un secreto muy delicado...

Clara. Pues bien, ó me lo cuentas... ó no apoyo á tu amigo.

Mackington. Hombre...! que se trata de mi suerte...! y tú que te mueres por referir todo lo que sabes...

Daniel, Sí... pero esto he dado palabra de que no saldria de mí.

Mackington. Y la cumples... porque tu muger y tú sois uno solo... y lo mismo tu amigo.

Daniel. Ya lo sé... pero esto podria ponerme mal con el ministro...

Clara. Con el ministro...?

Daniel. Y con algun otro... con algun calavera... espadachin... yo no soy muy afecto á los duelos... y á eso vendriamos á parar irremisiblemente.

Mackington. Eso es si llegara á saberse... pero como lo callaremos...

Daniel. Tú, sí... pero mi muger... no la conoces...!

Clara. Pues lo que te digo es que ya has picado mi curiosidad á punto que exijo formalmente de tí que lo digas... ó reñimos... y no vuelvo á verte en mi vida.

Daniel. Vamos, muger...! (*En voz baja.*) Ya que ambos me dais palabra de guardar secreto... os diré... hasta donde pueda deciros... — Habeis de saber... que el año pasado... en cierta parte... donde conocí á Cecilia por la primera vez... vi al amanecer un jóven que salia de su cuarto...

Clara. Le viste...!

Daniel. Con mis propios ojos... y no me quedó duda... porque el tal jóven... sugeto que conozco mucho... viéndose sorprendido, tuvo que confesármelo... exigiéndome palabra de guardar el mas profundo secreto.

Clara. Bravísimo...! y ese jóven quién es?

Daniel. Ah...! eso es lo que no diré: le dí palabra... y no quiero comprometerme... ademas que el nombre no hace nada para lo novelesco del lance.

Clara. Ya caigo...! no me lo digas... lo adivino...

Daniel. Pues no se te escape por Dios...!

Clara. Era mi hermano.

Daniel. No tal!

Clara. Oh...! estoy segura...! el miedo que tienes de que se descubra... la adoracion de Roberto á su pupila... los elogios con que la ensalza á cada momento... el favor que la dispensa, en perjuicio nuestro... (*A Daniel, que quiere hablar.*) No te canses en negarlo... es él, es él!

Mackington. La verdad es que poco há le encontré aqui dándola un abrazo.

Clara. (*Con gozo.*) Ya lo oyes...! delicioso...! No lo descubriré... pero me alegro de saberlo!

Daniel. Te digo que no es él!

Clara. Hola! señor hermano...! predicándome siempre moral...!

Daniel. Dale...! cuando digo que no es él...!

Clara. Niegas lo que ha visto el señor?

Daniel. Entendámonos; yo no digo que en la actualidad no tenga el ministro algo que ver... en eso no me meto: lo que digo es que no era el que yo vi: la verdad por delante... no me gusta comprometer á nadie.

Mackington. (*Con gravedad.*) Entonces... era otro!

Clara. (*Riendo.*) Y son dos...! magnífico...!

Daniel. Múger...! no hay que aventurar suposiciones...!

Clara. Pues no hagas tú confianzas á medias.

Mackington. (*Aparte á Daniel mientras Clara va á ver si viene alguien.*) Calla...! fuiste tú, bribon!

Daniel. (*Aparte á Mackington.*) Hombre...! delante de mi muger...?

Clara. (*Viene corriendo y se pone entre los dos.*) Silencio, que viene mi hermano!

Mackington. Habladle... yo no quiero estar presente... pero volveré luego á la tertulia. (*Se va.*)

ESCENA VII.

DANIEL. CLARA. ROBERTO.

Roberto. (*Que sale leyendo un papel, alza los ojos y los ve.*) Hola, hermana...! (*Dando la mano á Daniel.*) A Dios, Daniel.

Clara. Has traido buen viaje?

Roberto. Escelente.

Clara. Lo celebro: deseaba verte... ya sabes que hace tiempo que nada te pido?

Roberto. Yo lo creo... acabo de llegar!

Clara. Y ahora tengo dos solicitudes que presentarte... dos...! te sorprendes?

Roberto. (*Sonriendo.*) No tal...! Lo que me sorprenderia es que no tuvieras ninguna.

Clara. La primera... pero esa no entra en cuenta... es de un amigo... un vecino de este pueblo... un tal Mackington.

Roberto. Mackington...! justamente... mira... (*Mostrándola el papel que venia leyendo.*) estaba leyendo su memorial...

Clara. Pide la administracion...

Roberto. Ya... ya lo veo!

Daniel. Tambien la solicita un tal Hasting; pero Mackington es amigo nuestro...

Clara. Amigo íntimo...

Roberto. Sí...? y lo conoces bien?

Clara. Yo no tanto... pero mi marido...

Roberto. Entonces, permíteme que tome mas informes... porque un sugeto del pueblo... persona imparcial en el negocio... me ha hablado de él de un modo bastante desfavorable...

Clara. Algun envidioso!

Roberto. No tal...! al contrario... me lo dió á entender con bastante delicadeza... en fin, tomaré informes, y veremos quién tiene razon... vamos á la solicitud principal.

Clara. No la has adivinado...? algo te ha dicho ya mi marido... y el cariño que le profeso, mas bien que la ambicion...

Roberto. Ya estoy...! eres tú quién le inspira esas ideas de orgullo...

Clara. (*Con zalamería.*) No, hermano...! sino que mi mayor placer sería verle á tu lado en el gabinete...

Roberto. (*Remedándola.*) Pues no, hermana... no puede ser.

Clara. Y por qué...? Ó es apto, ó no es apto!

Roberto. Justamente: ese es el dilema!

Clara. Si es apto, nómbralo...

Roberto. Muy bien; y si no lo es...?

Clara. (*Con prontitud.*) Con mas razon; porque lo eres tú... y tú serás quien gobierne por él... asi habrá unidad en el gobierno.

Roberto. El raciocinio es soberbio, y no deja que responder mas que una sola palabra: no.

Clara. (*Colérica.*) Me dices que no...?

Roberto. (*Con frialdad.*) Te digo que no... y te ruego que no vuelvas á decírmelo... ni á pensar en ello.

Clara. Pensaré... y te lo diré á todas horas... y lo harás... ó hablaré pestes de tí.

Roberto. Como quieras... y no te faltará quien haga coro.

Clara. Y tendrán razon...! es una infamia tratar asi á una hermana que te quiere...!

Daniel. En verdad que te portas con nosotros...

Roberto. Tú tambien...!—Es una viña ser ministro...! unos le acusan de dárselo todo á su familla... y su familia dice que la sacrifica...

Clara. (*Con ironía.*) Yo tendria mas poder... mas favor contigo... si en vez de ser tu hermana... fuera tu pupila...! (*Daniel la hace señas que calle.*)

Roberto. Sin duda... porque si tú hicièras lo que Cecilia, no me pedirias sino cosas razonables.

Clara. Razonables ó no... estaria segura de conseguirlas...

Daniel. (*En voz baja.*) Por Dios, muger... (*Cortando la conversacion.*) Aquí vienen ya los huéspedes... es la hora de la tertulia...

ESCENA VIII.

CLARA *queda la primera á la derecha:* EL CONDE *sale por aquel lado y se coloca á su izquierda:* DANIEL *queda en medio de la escena:* CECILIA *y* LADY SAUDERS *van á sentarse á la izquierda:* EDUARDO *se apoya en el respaldo de sus sillas:* ROBERTO *va á hablarlas:* DAMAS *y* CABALLEROS *que salen y se sientan en los canapés y á las mesas de juego, ó van á leer los periódicos: otros se acercan al piano.* JOHN *va y viene ofreciendo de resfrescar á todos.*

Conde. (*A Daniel.*) Me han dicho que se va á cantar... nos reiremos.

Daniel. Mi muger ha ofrecido cantar...

Conde. (*A Clara, inclinándose.*) Oh! entonces no tendremos que reir, sino que admirar! (*Vuélvese y ve á Roberto.*) Qué veo! Su escelencia! (*Se acerca y le saluda.*)

Roberto. (*Saludándolo.*) Es el señor conde de Wisley...? (*Clara se sienta junto á la mesa de los periódicos: Daniel se pasea por el fondo con otras personas: el conde y Roberto estan en el proscenio: Cecilia, Lady Sauders y Eduardo á la izquierda.*)

Conde. Agregado á la cancillería.

Roberto. Algunas veces he tenido el honor de veros... (*Sonriendo.*) no en la cancillería...

Conde. Es verdad... no es allí donde mas se me encuentra... y por eso creo que os habrán hablado mal de mí... y os habrán hecho tenerme en un concepto...

Roberto. Muy favorable: tanto, que me han hecho creer que debeis tener algun mérito..

Conde. (*Admirado.*) Señor...!

Roberto. Sino, cómo podria esplicarse ese encarnizamiento contra un jóven que no ha hecho todavía en el mundo mas que galantear y contraer deudas. A vuestra edad no se ha logrado aun el honor de tener enemigos... y vos ya los teneis...! Animo, amigo mio!

buena señal...! eso promete...! Lo que os falta ahora es justificar esas enemistades.

Conde. Como yo tenga ocasion...

Roberto. Veremos... saldreis de Londres... ireis á una embajada...

Conde. Lo que mandeis, señor escelentísimo.

Todos. (*A media voz.*) Es el ministro...! (*Hablan entre sí, mirando á Roberto, que va á sentarse junto á Cecilia, y habla con ella: el conde se pasea por el fondo.*)

ESCENA IX.

DICHOS. MACKINGTON.

Mackington. (*A Clara.*) Y bien, mi querida protectora, qué noticias hay?

Clara. Malas para todos.

Mackington. Cómo...!

Clara. Le han hablado mal de vos.

Daniel. Le han dicho pestes!

Mackington. Quién?

Daniel. Uno del pueblo, segun nos ha contado.

Mackington. Ya sé quién... no puede ser otro que Hasting, mi contrincante.

Daniel. Tal vez.

Mackington. Seguro...! es el único que tiene interes en perjudicarme... convengamos en que es una infamia, una picardía.. emplear esos medios...!

Daniel. No pierdas las esperanzas... ya veremos...—Ea, señores, no se trata de hacer algo? (*A Clara.*) Tú... no estabas ahora repasando una pieza de canto...?

Clara. Buena estoy yo para cantar!

Daniel. Pues no la ensayabas con Cecilia...?

Cecilia. No, no...! (*Aparte á Eduardo.*) Delante de tanta gente...!

Clara. (*Aparte.*) No tiene gana...! pues ha de cantar.—(*Yendo á su lado.*) En fin, si es empeño... nuestro mérito no es para hacerse de rogar.... vamos, si Cecilia quiere. (*La colocacion es: Mackington.- El conde.- Daniel.- Clara.- Cecilia.- Eduardo.- Lady Sauders.- Roberto.*)

Cecilia. Pero si no acabamos siquiera de ensayarlo... ademas falta un bajo...

Daniel. Ese no es obstáculo... yo cantó de bajo.
Roberto. (*Aparte.*) Buena recomendacion para ser ministro!
Daniel. Ea! (*Dirigiéndose á un jóven de los que se pasean.*) Enrique!
El jóven. Qué mandais?
Daniel. Cuando gusteis acompañarnos...
El jóven. Estoy pronto. (*Se sienta al piano.*)
Daniel. Vamos, Cecilia, vamos...!
Cecilia. La voy á estropear...!
Eduardo. (*A media voz.*) No os hagais de rogar...!
Cecilia. Obedezco.
Clara. (*Con cariño.*) Bravo...! (*Aparte.*) Qué mal lo va á hacer!
Daniel. (*Dándola la mano y llevándola al piano.*) Pedimos á la sociedad cinco minutos para darle un repasillo. (*Los tres ensayan á media voz.—Mackington se ha dirigido á la izquierda, donde han puesto una mesa de juego.*)
Mackington. (*Presentando una carta á Roberto.*) Si este caballero nos favorece...
Roberto. (*Tomando la carta.*) Con mucho gusto. (*Mackington vuelve á la mesa, y dispone las barajas y las fichas.*)
Eduardo. (*Tomando del brazo á Roberto.*) Hace un momento, en esa otra sala, he notado que las señoras miraban mucho á Cecilia y cuchicheaban con ese que acompaña al piano: quién es?
Roberto. No lo sé. (*John les presenta una bandeja con refrescos.*) Pero pregunta á este criado... esos conocen á todos. (*Se va hácia el piano.*)
Eduardo. (*Tomando un vaso de refresco.*) Dime, John... quién es ese jóven... ese que toca el piano?
John. El que está junto á la niña, eh...? cómo se miran...! (*En voz baja y con malicia.*) Puede que sea uno de los tres...
Eduardo. (*Asombrado.*) Cómo uno de los tres?
John. Sí señor... dicen que ha tenido ya tres amantes...
Eduardo. (*Soltando el vaso en la bandeja.*) Qué dices...!
John. Cuidado...! por poco no me tirais la bandeja...!
Eduardo. (*Conteniéndose.*) Perdona... (*Fingiendo broma.*) Y dime... quién lo ha dicho?

John. Qué sé yo... nadie... en la otra sala lo estaban diciendo todos... es cosa muy sabida... (*Va á ofrecer refrescos á otras personas.*)

Eduardo. (*Aparte.*) No...! es imposible...! es una calumnia...! lo dirán de otra... ó yo habré oido mal... se me ha turbado el sentido...

Mackington. Si teneis la bondad de elegir una carta...? (*Eduardo va á la mesa y vuelve una carta.*) Un rey.

Eduardo. Decidme antes.—Vos que estábais ahora poco en la otra sala... habeis oido decir que esa jovencita que está ensayando junto al piano...

Mackington. (*En voz baja.*) Silencio...! no hableis de eso... qué! sabeis tambien...?

Eduardo. (*Turbado.*) Algo...

Mackington. Dicen que lleva ya tres ó cuatro amantes... pero quién sabe...! nunca debe uno creer mas que la mitad de lo que se dice. (*Eduardo colérico quiere retirarse; pero lady Sauders se le presenta al otro lado.*)

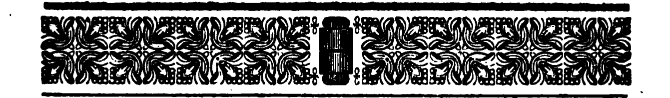
Lady. Yo tengo un caballo... sois mi compañero... vamos...

Eduardo. (*Fuera de sí.*) Despues, señora...! (*Vuélvese y se encuentra con Roberto y Mackington.*)

Roberto y *Mackington*. (*Llevándoselo.*) Vamos á la mesa...

Eduardo. (*Sofocado.*) Vamos! (*Colócanse en la mesa de juego: cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



Acto tercero.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

EDUARDO.

No he podido pegar los ojos en toda la noche...! no sé qué partido tomar...! Es preciso que hable á Roberto... Por fortuna aun es tiempo... escepto Clara y su marido, nadie sabe aqui que hoy debia celebrarse mi boda... y por ese lado, puedo librarme de las sátiras y del ridículo... Pero tambien, por los cuentos de un criado y de un charlatan como ese Mackington, renunciar á la muger que amo...! perder un casamiento ventajoso...! sin razon, sin motivo... sin pruebas...! Y cómo he de adquirirlas, si no me atrevo á hacer preguntas por miedo de que descubran el interes que tengo por Cecilia...! —El hecho es que no hay pruebas... nadie las presenta... no las hay...! y sin embargo se dice, se repite: nò hay nadie en el pueblo que no lo crea... y si llego á casarme con ella, dirán que lo sabia y he cerrado los ojos... ese Mackington lo afirmará... dirá que él mismo me lo contó anoche... y que he pasado por ello porque Cecilia es rica, noble... pupila del ministro...! Oh! sí lo dirán...! ya los oigo toser y escupir cuando yo paso... Ah! estoy temblando...! tengo calentura...! —Voy á consultar con Ro-

berto... él me dará algun buen consejo... Ahi está...! qué fatalidad...! viene con su hermana!

ESCENA II.

CLARA. ROBERTO, *de ceremonia*. EDUARDO.

Clara. Cómo...! no almuerzas con nosotros...?

Roberto. No puedo. Las autoridades me esperan para ir conmigo á recibir á S. M.: ya han hecho seña de que se divisan los coches de la comitiva real, y no puedo detenerme.

Eduardo. Roberto, quisiera hablarte...

Roberto. Ahora es imposible... van á venir á buscarme... si es que ya no me estan esperando... Pero volveré á comer... (*Dándole en el hombro.*) Y esta noche la ceremonia...!

Eduardo. Justamente de eso queria hablarte... tengo cierta inquietud...

Roberto. Ya caigo... las vistas de la novia que no han llegado... No te apures... todo está hecho... mi hermana se encargó de ello...

Eduardo. Esta señora se ha tomado esa molestia...!

Roberto. Para las mugeres eso es una diversion... Y cuándo llegaron?

Clara. Hoy mismo... asi lo dejé encargado.

Roberto. Bien: veremos qué tal gusto tienes...

Eduardo. Sí; pero antes... permíteme que te hable...

Clara. (*Haciéndole una cortesía.*) Caballero... perdonad... pero estaba yo antes.

Roberto. Vaya! solo me falta que tambien los de mi familia se disputen en casa las audiencias!—Hablad pronto... primero las damas... es de derecho. (*Eduardo va á sentarse en una silla.*)

Clara. Dos palabras no mas.—Veo con dolor, hermano, que no me haces justicia...!

Roberto. Sí tal! podré tacharte de aturdida, de frívola... pero no de faltas mas serias! Asi, aunque á menudo me atacan en mi honor... siempre respetan el tuyo... Al menos ese consuelo puede tener nuestro anciano padre!

Clara. Pues siendo asi, ya te acuerdas de lo que te hablé ayer...

Roberto. Me hablaste de tantas cosas...
Clara. De aquel nombramiento que juré recordarte sin cesar...
Roberto. Puedes dispensarte de ese trabajo... porque el nuevo ministro está ya nombrado.
Clara. (*Con gozo.*) De veras...?
Roberto. Sí... y no es tu marido.
Clara. (*Colérica.*) No...? Esa es una traicion!
Eduardo. (*Levantándose asombrado.*) Cómo...! queria ser ministro...?
Roberto. Ya lo veś...! Todos se hubieran opuesto...
Eduardo. Ciertamente...! por honor tuyo...!
Clara. No olvidaré esa palabra, caballero!
Roberto. (*A Eduardo.*) Vamos, á tí te toca ahora: hablá.
Eduardo. No puede ser delante de tu hermana.
Clara. Ya estoy...! alguna perfidia... algun tiro contra mí...

ESCENA III.

CLARA. ROBERTO. EDUARDO. JOHN.

John. Las autoridades estan abajo, y esperan á su escelencia para ir á recibir á S. M.
Roberto. Voy allá.—(*A Eduardo.*) Eduardo, á la vuelta hablaremos... Un ministro no debe hacerse esperar... porque da tiempo para que hablen mal de él.
John. No señor! Si cuando llegaron les dijo el señor corregidor á los demas: silencio! que aquí es.
Roberto. Hola...! pues eso es que ya habian empezado... Anda, diles que voy á tener el honor... (*Riendo.*) de interrumpirlos...! (*Vase por el foro con John.*)

ESCENA IV.

CLARA. EDUARDO.

Clara. Conozco que es tiempo perdido querer rivalizar en favor con vos... y sobre todo con vuestra futura esposa, á quien nada se le niega...
Eduardo. (*Admirado.*) Qué quereis decir?
Clara. Nada... que mientras yo he sido desairada, Cecilia ha conseguido del ministro cinco ó seis desti-

nos... aqui... para gente del pueblo... Unos pescadores del puerto acaban de ser colocados en la marina real por recomendacion suya... ella dispone de los empleos... y en adelante, cuando quiera yo lograr alguna gracia, á ella me dirigiré... (*Con ironía.*) ó mas bien al que tendrá por ella entero favor... (*Saludándole.*) á su feliz esposo! (*Se va.*)

ESCENA V.

EDUARDO, *solo y agitado.*

Qué ironía es esta...? tambien Clara lo sabe...! pues cuando ha llegado á sus oidos, es que ya no lo ignora nadie... y si todos lo dicen, todos no han de equivocarse... es imposible que una especie semejante circule así con tal rapidez sin que haya un principio, un pretesto... por fuerza hay algo... (*Mirando adentro.*) Cecilia y su tia... Ea, ánimo, y averigüemos la verdad.

ESCENA VI.

EDUARDO, *separado junto á la mesa de los periódicos.*—CECILIA. LADY SAUDERS.

Cecilia. (*Sin ver á Eduardo.*) Es cosa estraña...! y no sé cómo no lo habeis notado...

Lady. El qué!

Cecilia. Asi que entramos en la sala todos guardaron silencio, y permanecieron mudos mientras la atravesamos, mirándonos de un modo...

Lady. Eso es por deferencia á mí... no dejarán de saber esas gentes quién es lady Sauders, y el respeto que se la debe.

Cecilia. Muy grande ha sido el respeto... porque todos apartaban la vista, sin saludarnos siquiera... y asi que pasamos oí un murmullo que paraba cuando volviais la cabeza.

Lady. Las personas de mi clase, que se distinguen por ciertas maneras... siempre llaman la atencion...

Cecilia. Pues ahora, en el patio, cuando vinieron esos

pobres pescadores á darme las gracias por la gratificacion que les he logrado del ministro...

Eduardo. (*Acercándose*.) Con que es verdad...?

Cecilia. Ah...! estábais aqui...?

Eduardo. Sí... pero decidme, esa gratificacion...

Cecilia. Para esos pobres pescadores que nos llevaron en su barca... estan cargados de familia...! yo iba á pediros que los recomendáseis vos... pero mi tutor me animó... y se lo dije... con que les ha dado una gratificacion y los ha nombrado guarda-costas.

Eduardo. Ah...! no ha sido mas que eso...?

Cecilia. Estan locos de contento....! y cuando ellos con sus mugeres y sus chiquillos me rodeaban en el patio, dándome las gracias con un gozo que me enternecia... vi que toda la gente de la sala estaba con la cara pegada á los cristales de los balcones, mirándome con una risa burlona... Si sería por verme llorar...? Parece que esos señores de la corte son muy risueños...!

Lady. Sí; pero tienen una severidad de costumbres y de principios que yo apruebo! Esta mañana, mientras tomaba el té, oí que las camareras de esas señoras hablaban entre sí de una jóven... y la trataban como merecia.

Cecilia. Pobre muchacha!

Lady. Oh! tenian razon...! una jóven de clase, que apenas cuenta diez y ocho años, y ha tenido ya cuatro relaciones amorósas... ó quizá mas. Puede darse un escándalo semejante?

Cecilia. Tal vez sea falso... me parece una cosa tan inverosimil...

Lady. Inverosimil, ó no ; supongamos... (porque yo siempre quiero pecar de indulgente) supongamos que no hayan sido mas que apariencias... pasatiempos... coqueterías... es igual: merece que la traten así: por qué da lugar á que hablen de ella...? vamos, en ese punto no transijo!—Se ha dicho jamas nada de mí?

Cecilia. Es verdad que no.

Lady. Y por qué? porque no habia que decir. Cuando una no da pie, no se habla nada; porque, lo digo y lo repito... toda murmuracion tiene siempre algun fundamento, no es verdad, sir Eduardo...? Pero qué teneis...? estais pálido y trémulo...!

Eduardo. (*Pasando entre los dos.*) Sí señora...! pero es de cólera... de indignacion...! porque conozco á la jóven de quien estais hablando.

Lady. Hola...! á la señorita de las cuatro relaciones...?

Eduardo. Sí señora... y por mas que hago, no puedo atinar con la que ha dado origen á una suposicion tan absurda!

Cecilia. (*Con viveza y llena de gozo.*) Ah... con que no es culpable...? cuánto gusto me dais...! (*A lady Sauders.*) Veis...? bien decia yo...! contadnos... contadnos... con que vos la conoceis?

Eduardo. (*Turbado.*) Sí... la conozco... y mucho!

Lady. (*Con sequedad.*) Buen provecho os haga!

Eduardo. Y vos, milady, vos podeis juzgarla mejor aun que yo... porque la conoceis de mas cerca.

Lady. Yo...?

Cecilia. Entonces... la conoceré yo tambien...? Cuánto me alegro ahora de haberla defendido...! porque estoy cierta que ninguna de mis compañeras de colegio merece semejante cargo... cuál es su nombre...? decidme...

Eduardo. Sí, lo sabreis... por mas que os aflija, debo decirlo... aunque no sea mas que para descubrir el origen de esa calumnia, y buscar los medios de castigarla.

Lady. Hablad, pues.

Cecilia. Hablad...! esa jóven tan vilmente calumniada...

Eduardo. Sois vos!

Cecilia. (*Dando un grito y refugiándose en brazos de lady Sauders.*) Yo...! yo...! Dios mio...!

Lady. (*Indignada.*) Una jóven que está bajo mi vigilancia y mi proteccion...! y atreverse á calumniarla!

Eduardo. Yo pienso como vos... pero ni vos ni yo podemos impedir que esparzan esa infame calumnia...

Lady. Pero cómo...? quién...?

Cecilia. Sí... hablad...! quiero saberlo todo...! quiénes son los que me calumnian...? y esos amantes... esos amantes... quiénes son?

Eduardo. Lo ignoro...! aunque por algunas espresiones que he oido de paso en la sala... y que me ha repetido Clara... creo penetrar que se fundan en el natural afecto que profesais á vuestro tutor...

Lady. Qué tal...! te lo tengo dicho mil veces...! siempre hablando de él con un entusiasmo...! Ayer mañana, cuando todos le criticaban, tomaste la palabra y te pusiste á defenderlo...

Cecilia. Conozco que hice mal... pero...

Lady. Estas muchachas no se hacen cargo de nada...! cualquier cosa basta para dar materia á las interpretaciones...

Eduardo. Y luego, esa gratificacion... esos empleos... han venido en apoyo...

Lady. Pues es claro...! qué necesidad tenias de pedir nada para esos miserables...? Dar que decir...! bien sabias que el ministro no te lo habia de negar... como no te niega nada...

Eduardo. (*Con sobresalto.*) De veras...?

Lady. Nada...! á mí no me quiso dar una plaza de portero que le pedí... para un ayuda de cámara de mi marido... pero á ella...! nada...! todo es justo y razonable...! y puede que sea sir Roberto quien tenga la culpa de esas hablillas... porque siempre está con unos elogios y una admiracion... que, vamos, yo misma he creido algunas veces que estaba enamorado de ella...

Eduardo. (*Con aire de sospecha.*) Él...?

Cecilia. (*Con una esclamacion que trata de contener, y al mismo tiempo que Eduardo.*) Él...?

Lady. (*Con dignidad.*) Se entiende, con el respeto debido á mí... que estaba siempre delante, y no hubiera consentido...

Eduardo. (*Con impaciencia.*) Pues os engañais...! la murmuracion no perdona nada... y ya que es preciso... os diré que ni á vos misma os respetan.

Lady. (*Pasando á su lado.*) Eh...? á mí...! A lady Sauders...! Eso quisiera yo oir...!

Eduardo. Pues yo lo he oido... alli decian que vos habiais protegido... ó á lo menos tolerado sus amores.

Lady. (*Dando un grito.*) Ah...!! esa es una calumnia infame y atroz...!

Eduardo. Y añadian que á esa condescendencia habíais debido la pension de seiscientas libras esterlinas que os ha concedido el ministro.

Lady. Qué pícaros...! qué impostores...!

Eduardo. (*Con alegría.*) No es cierto, eh...? no hay semejante pension?

Lady. Sí señor... sí hay; pero, en primer lugar, no es de seiscientas libras esterlinas, sino de trescientas...

Eduardo. (*Impaciente.*) Eh... qué importa la cantidad...

Lady. Importa, sí señor...! que esa pension se me concedió por los servicios de mi marido... y me la quitó arbitrariamente el ministerio anterior... y ahora se me ha vuelto con mucha justicia...

Eduardo. Por quién...?

Lady. Por el ministro... por sir Roberto.

Eduardo. Ya veis, milady, como en todo lo que se dice hay siempre un fondo de verdad... segun vuestra misma doctrina...

Lady. Pero es cosa de pegar fuego á este real ritio...! con que, para acallarlos, he de renunciar mi pension...! Ahi tienes lo que has hecho...! me has comprometido á mi tambien...

Cecilia. No temais: esa especie es demasiado absurda para que pueda acreditarse. (*Pasando con dignidad al lado de Eduardo.*) Pero si á pesar de todo ha podido influir lo mas mínimo en vuestro corazon... libre estais! os devuelvo la palabra. Nadie mas que mi tutor y su familia tienen conocimiento de este enlace... el resto del mundo lo ignora... se puede deshacer sin que haya ruido ni escándalo...

Eduardo. Yo renunciar á vós, cuando os amo mas que nunca...! cuando quisiera, á costa de mi sangre, confundir á esos infames...!

Cecilia. Dejadme acabar. Yo nada puedo contra una calumnia cuyo origen ignoro: no puedo convencer á los que me han condenado sin oirme y sin conocerme... pero á vos, sir Eduardo, puedo deciros: soy inocente! nada tengo de que avergonzarme... os lo juro!—Si esta prueba os basta... si cuando todos me calumnian, vos solo me creeis... esa será una señal de aprecio que no olvidaré jamas...! una prenda de cariño que os ganará desde hoy el amor que ayer me pediais... y que os consagraré con mi vida entera...—Pronunciad ahora... espero vuestra respuesta. (*Le saluda y se va.*)

ESCENA VII.

EDUARDO. LADY SAUDERS.

Eduardo. (*Con desesperacion.*) Ah! no soy yo el que se ha de convencer...! yo creo ahora mas que nunca en su pureza y en su virtud... pero los demas...!
Lady. (*Con dignidad.*) Eso me toca á mí! cuando se presente lady Sauders y diga una palabra...
Eduardo. Pero qué habeis de decir...?
Lady. La verdad!
Eduardo. No la escucharán: la calumnia no se discute... es una moneda que pasa de mano en mano... y que con el uso se pone cada vez mas nueva y mas reluciente... Puede que vos misma acabeis por admitirla de buena fé...
Lady. Yo...! Dejadme á mí... y vereis lo que vale una persona de autoridad! — Quién viene?
Eduardo. Es uno del pueblo.
Lady. Por él voy á empezar.

ESCENA VIII.

MACKINGION. EDUARDO. LADY SAUDERS.

Mackington. (*Saludando.*) No es lady Sauders con quien tengo el honor de hablar?
Lady. (*Con altanería.*) La misma.
Mackington. La señorita Cecilia, vuestra amable sobrina, no está aqui...? Mejor...! yo no me hubiera atrevido á dirigirme á ella... y prefiero hablar con vos.
Lady. Por qué razon...? qué ocurre?
Mackington. Porque solo en vos cifro mi esperanza... soy un padre de familia, indignamente calumniado... porque la malignidad nada respeta!
Lady. Demasiado me consta...!
Mackington. Ya lo sé, milady... ya sé todo lo que han dicho de vuestra sobrina...
Eduardo. Y vos, entonces, por qué lo repetiais...?
Mackington. Porque me lo habian dicho... no lo dudeis. Pero era falso... todo falso... y ahora reconozco...
Eduardo. De veras...?

Lady. (*A Eduardo*.) Veis como solo mi presencia...

Eduardo. Hablad... hablad...!

Mackington. Con vuestro permiso. (*Pasando entre los dos*.) Yo, milady, solicitaba un destino... con algunas esperanzas de conseguirlo... pero un tal... uno de este pueblo que tambien lo solicita, ha hablado con el ministro y le ha hecho creer que soy un hombre sin méritos, sin capacidad... Ya veis, milady...! ya veis qué infamia...! pues asi se lo ha dicho... me ha calumniado... En fin, yo ahora, aunque no sea mas que por honor, quiero conseguir el destino...

Eduardo y *Lady*. Y qué...? vamos...!

Mackington. Yo me dirigí primero á la hermana del ministro... pero ya ha perdido el favor... y asi me atrevo á implorar vuestra proteccion...

Lady. Caballero... yo no tengo el mas mínimo favor...

Mackington. No digais eso, milady... vos sabeis mejor que yo... y todo el mundo lo sabe... que por medio de vuestra sobrina...

Eduardo y *Lady*. Cómo...?

Mackington. Vos lo podeis todo con ella... y ella lo puede todo con el ministro...

Lady. Eh...?

Mackington. Dígalo sino ese puñado de empleos que alcanzó esta mañana del ministro por recomendacion vuestra...

Lady. (*Indignada*.) Caballero...!

Mackington. (*Continuando*.) Dígalo esa pension de mil libras esterlinas que vos habeis sacado...

Lady. (*Colérica*.) De mil libras...!

Eduardo. (*A lady*.) Veis...? que se lo quite nadie de la cabeza...! (*Vase al foro y baja á colocarse á la izquierda de lady*.)

Mackington. (*Continuando*.) Y siendo asi, negareis vuestra proteccion á un hombre honrado, á un padre de familia...? (*Con misterio*.) Vamos...! no me negueis este favor... y si hay que hacer algun sacrificio...

Lady. (*Dando un grito de indignacion*.) Ay!! yo me ahogo...! socorro...! yo voy á denunciar á este hombre á los tribunales...!

Mackington. (*Admirado*.) Pero señor... qué os he hecho yo?

Eduardo. (*Persuadiéndola á media voz.*) Vamos, milady, serenaos... ya lo veis... él no creia ofenderos... ha hablado de buena fé... lo peor es que no es él solo...

Mackington. Todos me lo han aconsejado... la misma hermana del ministro me ha dicho: «amigo mio, yo no puedo hacer nada por vos... pero ved á esas señoras, que tienen gran favor... es el medio mas seguro.» Por eso lo he hecho... si he andado indiscreto... perdonad...

Lady. Hola...! con que es su hermana la que anda en esto...?

Eduardo. Conteneos... ahi viene con su marido y un estraño...

Lady. Mejor...! cuanto mas testigos, mas solemne será su humillacion... ahora la vereis confundida!

ESCENA IX.

MACKINGTON. DANIEL. CLARA, *dando el brazo al* CONDE DE WISLEY. LADY SAUDERS. EDUARDO.

Clara. (*A Daniel.*) Con que, vamos, vienes, ó no vienes?

Daniel. (*Dejándose caer en un sillon á la derecha.*) No... no tengo gana de pasear... ya te acompaña el conde...

Clara. Pues quédate.

Mackington. (*Llegándose á Clara.*) Estoy en desgracia...! ya la he hablado, y nada!

Clara. (*Riendo.*) Pobre Mackington...!

Lady. (*Acercándose á Clara, y en alta voz.*) Señora, me alegro mucho de veros: iba á vuestra habitacion...

Clara. Teniais algunas noticias que darme?

Lady. (*A pesar de los esfuerzos de Eduardo para contenerla.*) No, noticias no... pero sí una leccion. (*Clara se pára: Daniel se levanta y se acerca á su muger: el conde suelta el brazo de Clara, y se sienta en el sillon que ha dejado Daniel: Mackington se sienta tambien á leer al otro lado de la mesa: quedan en este orden: Mackington.- El conde.- Daniel.- Clara.- Lady Sauders y Eduardo.*)

Clara. Viniendo de vos, milady, no puede ofenderme: yo estoy todavía en la edad de recibirlas, y vos, milady, hace ya tiempo que estais en la edad de darlas.

Daniel. (*Queriendo hacerla callar.*) Muger... !

Clara. Ya estoy esperando la leccion, milady.

Lady. (*Con cólera reconcentrada.*) Pues quiero haceros saber que cuando una persona de mi clase se digna alternar con una de la vuestra... cuando se rebaja hasta el punto de admitir á su lado á la muger de un cualquiera...

Daniel. Milady... !

Lady. De un advenedizo... no por eso debe esta engreirse hasta olvidar que su padre... es un pobre labrador de Escocia... (*Movimiento de cólera de Clara.*) A lo menos yo no le conozco otro título.

Eduardo. (*Aparte á lady.*) Milady... ! por Dios... !

Lady. No señor... ! conviene probarle á esta gente que estamos á mucha altura para que sus calumnias puedan herirnos.

Clara. Qué calumnias, milady ?

Lady. Las que vos habeis esparcido contra Cecilia y contra mí.

Clara. Yo no he esparcido nada, milady ; yo no he hecho mas que oir... Tengo yo la culpa de haber oido demasiado ?

Lady. Pues yo, señora, estoy por creer... y creo efectivamente que todas esas infamias han sido no oidas, sino inventadas por vos.

Clara. (*Indignada.*) Por mí... ! podeis suponer....

Lady. Yo no supongo nada que no pueda probar... apelo á estos señores... que digan... (*Mackington y el conde se levantan.*)

Clara. (*Fuera de sí.*) Ah... ! esto ya es demasiado...! bien sabe Dios que me habia propuesto callarlo... pero una vez que se provoca públicamente esta esplicacion... una vez que se llama calumnia á lo que es verdad... preciso es que yo presente pruebas...

Daniel. (*Queriendo hacerla callar.*) Muger... !

Clara. Eh! No tengas miedo... no nombraré personas... Poco importan los nombres cuando hay hechos... y me bastará recordar á milady que el año pasado... en cierto pueblo donde estuvo con su sobrina... una persona digna de crédito vió... esto no tiene respuesta... (*Apoyando en la palabra.*) vió, al amanecer, un jóven que salia de cierta habitacion...

Lady. Qué infamia...!
Clara. Sería de la vuestra, milady...? eso es lo que nunca me he llegado á figurar!
Lady. Eso es mentira...! y no habrá testigo que diga...
Clara. Hay testigo... y está aqui.
Lady. Quién es?
Clara. Mi marido...
Daniel. (*Pasando junto á lady*.) Permitidme...
Clara. (*Continuando con calor*.) Que delante de mí y de este caballero lo ha asegurado.
Mackington. (*Pasando junto á Clara*.) Es verdad... á mí me confesó que habia sido él mismo... la verdad por delante!
Clara. (*Colérica*.) Hola...! eso es lo que yo no sabia... (*A Daniel*.) y como fuera cierto...!
Daniel. Yo juro que no!
Clara. Entonces era el que yo decia... era Roberto!
Todos. Roberto!
Eduardo. (*Pasando, colérico, entre lady Sauders y Daniel, y dirigiéndose á este*.) Con que era Roberto...!
Clara. (*Por el otro lado*.) Ó eras tú...?
Eduardo. Era Roberto...?
Daniel. Pero hombre...! pero muger...!
Eduardo y *Clara*. Responded!
Daniel. Ni el uno ni el otro.
Eduardo y *Lady*. Pues quién?
Daniel. (*Cada vez mas apurado*.) Quién...! quién...! qué sé yo...! un jóven muy buen mozo... muy amable... sin duda su primer amor...
Eduardo. (*Aparte*.) Cielos!
Daniel. Que empezaria en Londres... Oh! pero amor platónico... eso lo juraría...!
Clara. (*Con impaciencia*.) Pero vamos, vamos, quién era...
Eduardo. Sí... no hay remedio... es preciso decirlo... y si no...
Daniel. (*Con empacho*.) Bien...! corriente... todos son testigos de que no es mia la culpa... que yo no queria comprometer á nadie... pero si se me obliga por fuerza... diré... que era... el señor conde de Wisley.
Conde. (*Pasando entre Clara y Daniel, con cólera*.) Señor Daniel...! (*Desde este momento van acudiendo al ruido las gentes de la fonda*.)

Clara. (*Al conde.*) Vos, conde...! es posible...?

Conde. (*A Daniel.*) Me jurásteis guardar secreto...!

Daniel. No digo que no...! pero puesto entre la espada y la pared... qué hago, si no decir la verdad...?

Conde. Y qué sabeis si es la verdad...? qué pruebas teneis...?

Daniel. Eso es otra cosa...! en eso no me meto! — Seria, ó no seria... pero yo os vi... y vos me lo confesásteis.

Conde. (*Colérico.*) Caballero...!

Daniel. Sí señor, me lo confesásteis entonces... y despues, delante de otras personas que puedo citar, no me lo habeis negado.

Conde. (*Con calor.*) Y si os engañé entonces...? si os dije lo que no era...? si mentí...? si por vanidad... ó quizá por otros motivos... comprometí á una joven, que ni aun de vista conocia...?

Daniel. Quedamos en eso...? corriente...! no hay mas que hablar. — Tanto mejor para mí... (*Mirando á Eduardo.*) y para todos!

Conde. Pues asi fue. (*Dirigiéndose á todos.*) Señores, esta es la verdad... y aqui públicamente la declaro. — Y si vos, señor Daniel, ó cualquier otro, se atreve á poner en duda està solemne declaracion... lo miraré como un insulto hecho á mi honor... y del cual pediré satisfaccion! (*Se va.*)

ESCENA X.

Varias personas á la derecha, rodeando á MACKINGTON: DANIEL *y* CLARA *estan cerca de ellos: á la izquierda* EDUARDO *junto á* LADY SAUDERS, *que se ha dejado caer en una silla: otras personas en el fondo conversando entre sí.*

Mackington. (*Tomando un polvo.*) Es un guapo mozo...! tiene delicadeza... se porta bien... ha hecho lo que debia!

Daniel. (*A media voz.*) Toma! él no tenia otra salida!

Clara. (*Sorprendida.*) Con que era él...! y eso fue hace seis meses...!

Daniel. Qué importa la fecha...!

Clara. (*Con rabia.*) Sí señor...! importa...! en cualquier tiempo fue una villanía...
Lady. (*Sentada.*) Yo no puedo persuadirme...!
Eduardo. Ni yo...! (*Aparte recordando.*) Pero aquella inclinacion que ella misma me confesó ayer...
Lady. Es preciso que se vaya... que se aleje de aqui...! en cuanto al casamiento, aun no lo sabia nadie...
Eduardo. (*Aparte.*) Gracias al cielo...! (*Mirando adentro.*) Dios mio! ella viene!

ESCENA XI.

MACKINGTON. DANIEL. CLARA. CECILIA. EDUARDO. LADY SAUDERS *y demas circunstantes.*

(*Al salir Cecilia todos callan y vuelven la espalda.*)

Cicilia. (*Viene muy alegre al lado de Eduardo.*) Ah! Eduardo...! me habeis dado la respuesta que yo esperaba de vos... y con qué galantería...! enviándome las vistas, que son preciosísimas...!
Clara. (*Aparte.*) Las que yo encargué.
Cecilia. Pero lo que mas me ha regocijado es el momento que habeis elegido para presentármelas... es una prueba de aprecio y cariño que nunca olvidaré.
Eduardo. (*Turbado.*) Señorita...
Cecilia. Es declarar públicamente que me haceis justicia... que no temeis defender contra todos á vuestra futura esposa.
Todos. (*A media voz, sorprendidos.*) Su esposa...!
Mackington. (*A Daniel.*) La esposa... de ese caballero...?
Daniel. Sí, hombre!
Mackington. Y yo que le conté sus travesuras...! Lo siento!
Cecilia. (*A Eduardo.*) No venis con estas señoras á ver el regalo de boda?
Eduardo. (*A media voz y conmovido.*) Perdonad, señorita... quisiera deciros... y no sé cómo... que ciertas consideraciones imprevistas... ciertos obstáculos, superiores á mis propios sentimientos, me obligan á diferir un enlace... que por ahora es imposible reali-

zar. (*La saluda y se va: algunos de los circunstantes se van con él.*)

ESCENA XII.

DICHOS, *escepto* EDUARDO.

Cecilia. (*Asombrada.*) Cómo es esto...! se va...! (*Mirando á varias personas que tambien la vuelven la espalda y se van.*) Todos me vuelven la espalda... huyen de mí...! (*Yendo á lady Sauders, que continúa sentada.*) Ah! querida tia... qué significa esto?

Lady. (*Levantándose con gravedad.*) Por el pronto, señorita, me abstengo de toda reflexion.—Lejos de aqui... y en otro momento... yo os hablaré... y os diré lo que pienso. (*Se va: los que quedaban tambien se van yendo poco á poco.*)

Mackington. (*Viendo á Cecilia sin aliento apoyarse en un sillon.*) Pobre muchacha... me da compasion...! Véase como al fin y al cabo todo acaba por descubrirse! (*Todos han desaparecido. Clara únicamente quiere acercarse á Cecilia; pero su marido la detiene y se la lleva con Mackington.*)

ESCENA XIII.

CECILIA, *sola, y sosteniéndose apenas.*

Tambien mi tia me despresia...! hasta mi familia me abandona...! ah! este es el último golpe!—Qué he hecho yo, Dios mio...! y á quién he de acogerme ahora...? á quién he de pedir justicia...? quién me queda ya en el mundo...?

ESCENA XIV.

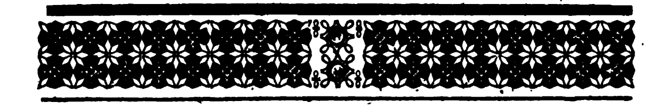
CECILIA. ROBERTO.

Roberto. Yo...! yo, hija mia!

Cecilia. (*Echándose en sus brazos.*) Ah! mi amigo... mi salvador...! defendedme! (*Desviándose de él.*) Pero no... no...! ni aun me atrevo á implorar vuestra proteccion...! tambien sospecharian... dirian...

Roberto. Eh! qué importa!—Al pasar por esas salas, he oido los murmullos de esa gente: nada he entendido, si no que tú eras su víctima... y he venido corriendo.—Anda por aqui la calumnia...? pues aqui estoy yo...! ya me conoce... ya sabe que no acostumbro retroceder delante de ella.—Vamos, hija mia, vamos... no tiembles... alza esa frente y mírala cara á cara...! Y si á su aspecto te falta valor... apóyate en este brazo, que no te abandonará! (*Se la lleva adentro.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.





Acto cuarto.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE. JOHN.

(*El conde se pasea caviloso: John le sigue.*)

John. Señor conde, ya teneis la mesa puesta.
Conde. Déjame en paz!
John. Es que se va haciendo tarde...
Conde. No quiero comer.
John. Os habeis puesto malo?
Conde. Estoy desesperado...! He ido á la habitacion de esas señoras á confesarles mi culpa, á pedirlas perdon... pero no han querido recibirme...! Tienen razon...! me mataria...! y mataria á todos...! Por mas que digo á voces: no es cierto...! no es cierto...! no me quieren creer... al contrario... ese mismo empeño les parece una prueba mas...!
John. Vaya, señor conde...! seamos francos...! Con los demas... pase... pero conmigo, que he sido en otro tiempo el confidente...
Conde. Tambien tú!—Cuando te digo que no es cierto...
John. Bien...! si vos teneis allá vuestros motivos para negarlo...

Conde. Qué mas motivos que el daño que he hecho, sin querer, á esa jóven...!

John. Toma...! pues si cuentan de ella tantas cosas...! y sobre todo, de su tia... que ha logradó una pension de mil libras esterlinas...

Conde. Y qué tiene que ver...!

John. Tiene que ver... que como ella tiene favor con el ministro...

Conde. Qué...?

John. Y como vos ahora dependeis de él...

ESCENA II.

JOHN. EL CONDE. MACKINGTON.

Mackington. (*Yendo á él y dándole la mano.*) Bravo, señor conde, bravo...! os habeis portado con delicadeza...! Todas las damas os colman de elogios!

Conde. Pero señor...!

Mackington. Y no solamente con delicadeza... sino con tino! De esta hecha haceis carrera... oh! si en vez de negar, confesais lo mas mínimo... sois perdido!

Conde. Cómo...! por qué?

Mackington. Hombre...! porque el ministro se hubiera puesto furioso...! Pues qué, asi no mas se deja uno birlar la querida?

Conde. (*Mirando asombrado á Mackington, que le dice con la cabeza que sí.*) Es la querida del ministro...?

Mackington. Y ya veis que á un rival no le concederia el destino que os ha ofrecido... mientras que ahora en premio de vuestra conducta...

Conde. Cómo es eso...! podeis creer...?

Mackington. No...! si no soy yo quien lo dice...! son los demas... Cuentan que vos nunca habeis acostumbrado defender el honor de las damas... todo lo contrario... pero que ahora, tratando de hacer carrera, bien puede uno moderar su genio...

Conde. Eso es una infamia! Yo mentir...! yo cometer una bajeza... por adular á un ministro...! por conseguir un empleo...! —Me tienen, segun eso, por un villano...? Pues el primero que me mire...!

Mackington. Vamos...! vamos...!

Conde. Pero contadme... contadme lo que dicen...!

Mackington. Nada que no esté muy en el órden!—Que ahora, gracias á ese golpe diplomático, hareis carrera... ireis á una embajada...

Conde. Voto á sanes...! harán que me arrepienta de lo que he hecho...! harán que diga que es verdad... que fue ella...!

Mackington. Toma...! y si fue, debeis decirlo.

Conde. (*Furioso.*) Dale...! si no fue.

Mackington. Pues entonces no lo digais.—Pero será lo mismo; porque ya, que lo negueis ó que no, es igual.

Conde. Caballero... me haceis perder la paciencia... y si no mirara vuestras canas... seriais el primero á quien pidiera satisfaccion...

Mackington. (*Asustado.*) Hombre...!

Conde. Perdonad...! vos no teneis la culpa... Pero el caso es que ya no me atreveré á defenderla... y por otra parte... no es cosa tampoco de faltar á mi conciencia y á la verdad, por miedo de parecer adulador...

Mackington. Silencio... que viene el ministro!

ESCENA III.

JOHN, MACKINGTON, EL CONDE, ROBERTO.

Roberto. Oh...! El señor conde de Wisley...!

Conde. (*Con sequedad.*) Servidor de vuecencia.

Roberto. En el despacho de hoy os he tenido presente...

Mackington. (*Aparte al conde.*) Qué tal...! un ascenso... (*Aparte.*) Esto se llama suerte! —(*Vase hácia el fondo, baja, y se sienta á la izquierda.*)

Roberto. En vuestra habitacion hallareis un pliego que me parece no os disgustará.

Conde. (*Turbado.*) Señor escelentísimo... yo no sé... no sé si debo...

Roberto. (*Con dulzura.*) Despues me dareis las gracias... leedlo primero... y luego hablaremos con vuestro tio... (*Despidiéndole.*) Andad!—(*Sube hácia el fondo y dice á John:*) Decid á sir Eduardo Clinton... que le espero aqui... en esta sala.

John. Voy, señor.—Ahi estaba ahora hablando con unos

sugetos... (*Vase por la izquierda.—Roberto baja al proscenio, se sienta junto á la mesa de la derecha, toma un periódico y lee.—El conde, mientras Roberto fue á hablar á John, atraviesa la escena y se dirige á Mackington, que permanece sentado á la izquierda.*)

Conde. Si es un empleo... lo renuncio!

Mackington. (*Con incredulidad.*) Vamos...! vamos...!

Conde. Lo renuncio, como lo digo!—(*Se va.*)

Mackington. Para que le den otro mejor. Ahora logrará cuanto quiera... Lo que vale ser buen mozo y gustar á las queridas de los ministros!—Pues me alegro de haber hecho relaciones con él...! porque me defenderá contra los ataques de Hasting...

Roberto. (*Tirando con desprecio sobre la mesa el periódico que está leyendo.*) Miserables!—(*Viendo á Mackington.*) Perdonad, caballero, no he vuelto á veros desde ayer... y celebro hallaros... porque todos los informes que me disteis acerca de aquel pretendiente son exactamente conformes á los que despues he tomado.

Mackington. (*Con gozo.*) Oh! lo creo... (*En tono confidencial.*) Hubiera sido una mala eleccion!

Roberto. Muy mala!—Es un hombre... como vos me dijisteis... sin capacidad... sin opinion...

Mackington. Exacto...! y ademas un infame calumniador.

Roberto. Es posible...! y teneis pruebas...?

Mackington. (*En confianza.*) Me ha calumniado á mí... y ayer, sin ir mas lejos... á mí...! á mí mismo!

Roberto. Eso me basta... y si es cierto, como no lo dudo, os ofrezco que no tendrá el empleo.

Mackington. Eso es lo que debeis hacer!—Y ahora... yo quisiera suplicaros...

Roberto. Decid lo que gusteis... (*Mirando adentro.*) Pero no... en otra ocasion... porque viene aqui un amigo con quien tengo que hablar de un negocio importante.

Mackington. Ya sé de qué!—Voy entre tanto á poner cuatro renglones, y vuelvo...

Roberto. (*Deteniéndolo.*) Cómo...! sabeis de qué...?

Mackington. Algo sé...! preguntad... preguntad si no he declamado con todas mis fuerzas contra esas voces absurdas y calumniosas...

Roberto. Ya las haremos callar... con ayuda de los hombres de bien...! Cuento con vos!

Mackington. Hasta la pared de enfrente!—Voy á poner esos cuatro renglones... (*Salúdale y se va.*)

ESCENA IV.

EDUARDO, *que sale pausado y caviloso.* ROBERTO.

Roberto. Vaya! no querias hablarme esta mañana... cuando fui á recibir al rey...? Pues ahora quiero yo hablar contigo...—Pero qué es eso...? qué cara traes tan seria...! qué tienes?

Eduardo. Qué tengo...! tú me lo preguntas...? Todos dicen... desde aqui puedes oirlo... que te has mofado de mí... que me has engañado... que me vendes...

Roberto. (*Con risa irónica.*) De veras...?

Eduardo. Que quieres hacerme la fábula del público... envilecerme...! y que yo debo exigirte satisfaccion y batirme contigo... eso es lo que dicen!

Roberto. Muy bien...! pero para batirse siempre hay tiempo... y no siempre le hay para hablar en razon... y ya que estamos solos, entendámonos.—De qué tienes que acusarme...? yo no sé una palabra...! Aun no he visto á Cecilia... que á estas horas no sabe en qué se fundan esas voces. Yo hubiera podido preguntar... informarme... no me hubieran faltado noticias... pero truncadas, inexactas... y sobre todo amplificadas y embellecidas. No he querido oir á nadie mas que á tí... que ahora te crees el ofendido...—Pues bien, yo he prometido á Cecilia, que está deshecha en lágrimas, y á lady Sauders, que queria marcharse, probar hoy mismo en la comida que voy á dar á toda la corte, que Cecilia es inocente y pura; que los que la acusan son unos infames... y los que lo creen unos estúpidos... empezando por tí!—Acúsala ahora: estoy pronto á defenderla!

Eduardo. No soy yo quien la acusa... es ese clamor general y unánime que se ha levantado contra ella... es la voz pública!

Roberto. Y qué es la voz pública...? dónde empieza...? dónde acaba...? cuántos tontos reunidos se necesitan

para componerla?—Las voces no son pruebas... yo necesito otra cosa... necesito hechos!

Eduardo. (*Con empacho.*) Pues bien... se dice...

Roberto. Hechos...!

Eduardo. Pues bien... le suponen haber tenido amantes... y varios...

Roberto. (*Con calma.*) Quiénes son?

Eduardo. Tú, uno de ellos.

Roberto. (*Con satisfaccion irónica.*) Enhorabuena!—Esa es una calumnia que no viene con rodeos y disfraces... una calumnia franca y neta... como á mí me gustan!—Vamos á examinarla.—Escuso decir que Cecilia es hija de mi bienhechor, de mi segundo padre... del hombre á quien se lo debo todo... que me la confió al morir... que la he criado como á hija... y que nadie deshonra á sus hijos...! esto sería tal vez una razon para tí... pero no lo es para la calumnia, que no repara en ingratitudes ni en incestos... y que cuanto mas infame es una cosa, tanto mas verosimil le parece. Apelaré á otros argumentos mas positivos... á cálculos... á intereses... á mi interes personal... y asi puede ser que me crean.—Si yo amara á Cecilia... si ella me amara á mí... por qué no habia de casarme con ella? No solamente es jóven y hermosa... sino que es rica... rica por mí, que defendí su derecho, y logré arrancar sus bienes á la confiscacion.—Ella es rica...! y yo no tengo nada...! nada...! bien lo sabes tú, que tienes pruebas de ello. (*Con orgullo.*) Sí...! por mas que digan, soy hombre de bien... y, gracias al cielo, no tengo nada!—Y en vez de asegurarme una suerte legítima y honrosa casándome con la que amo, preferiria su deshonra á mi fortuna...? la tendria por manceba, pudiendo tenerla por esposa...? y por qué...? por el gusto de deshonrar á la hija de mi bienhechor...? por el placer de cometer una infamia gratuita?

Eduardo. No, no...! eso no!

Roberto. Pues eso es lo que dicen... eso...! y tú lo has creido...! y dices que yo quiero envilecerte, engañarte, dándote la mano de una jóven que amas, que tú mismo me has pedido con súplicas...? despreciando mil partidos que se la presentaban... y eligiéndote á tí... porque eras hombre de bien... y yo queria la fe-

licidad de mi pupila... de Cecilia, que me ama... como á un amigo... como á un hermano... porque á mí no se me puede amar de otra manera!—Pues si esas voces fueran ciertas, si á pesar de estas canas, nacidas antes de tiempo, hubiera sido posible, como decís, que ella me amara.... ten entendido que ni á tí ni á nadie se la cederia... porque en ella hubiera hallado una compañera como yo la deseo, el consuelo de mis penas, la felicidad de mi vida entera... y lejos de renunciar á semejante tesoro, te la disputaria á costa de mi sangre... aun á costa de nuestra amistad...! y sin embargo te la entrego á tí... que en recompensa me calumnias...! á tí, que en lugar de defenderme, me acusas y me desafias...! á tí, en fin, que antes de oirme querias batirte conmigo... (*Movimiento de Eduardo.*) Nada... ya he concluido... ahora, si quieres... estoy pronto!

Eduardo. No, no...! yo te creo... y te respeto...! todo es falso y absurdo... en cuanto á tí... pero en cuanto á los otros que se le atribuyen...

Roberto. Y por qué no ha de ser lo mismo en cuanto á los otros? por qué no ha de ser mentira respecto á ellos, como lo es respecto á mí?

Eduardo. Es imposible! cómo habia de haber ese empeño... esa animosidad...! quién ha de querer hacerla daño?

Roberto. Ese es el grande argumento!

Eduardo. Quién tiene interes en calumniarla?

Roberto. Nadie... pero eso no importa...! la calumnia es la única cosa que se hace en este mundo gratis y sin interes.—Hay en el corazon humano un instinto maligno y dañino, que nos inclina á creer con mas facicilidad lo malo que lo bueno. De ahí nace esa especie de ayuda, de apoyo, de auxilio tácito y mútuo que se da maquinalmente á la propagacion de una mentira. Por ese medio, la calumnia está en todas partes... y el calumniador en ninguna: nunca se encuentra un traidor de melodrama tán sándio que asegure públicamente una impostura real y positiva que puede desvanecerse con un bofeton, ó por medio de los tribunales; eso no: ni en la sociedad se dice nunca una cosa que no ha pasado... pero se dice de otro modo que

ha pasado... desfigurándola... alterándola en su esencia ó en sus pormenores... y la malignidad completa la obra: de manera que, gracias á la ignorancia, á la tontería, y á los chismes de sociedad, la verdad mas limpia y mas clara pasa imperceptiblemente al estado completo de mentira..

Eduardo. Eso podrá ser entre estraños... pero entre parientes...!

Roberto. Lo mismo!

Eduardo. Tu cuñado... por ejemplo... Daniel...!

Roberto. Pertenece á la mayoría de la sociedad... es un tonto!

Eduardo. Pero y tu hermana? Clara...?

Roberto. Otra mayoría... la de las coquetas.—Miseria todo y vanidad!—Los verdaderos culpables no son los enemigos que nos atacan... ese es su oficio, y lo hacen en conciencia: los culpables son los amigos, que no nos defienden... que callan y nos abandonan... es lady Sauders, que queria marchar, y yo la he detenido.. .eres tú, que te apartas de Cecilia y la condenas...!

Eduardo. Yo...! yo no he desplegado los labios.

Roberto. Pues...! estos son los amigos!—Callan... y á eso se reduce su valor! callan cuando los demas gritan... pues, voto á sanes, cuando ruge la tempestad es cuando debe alzarse la voz!—Yo alzaré la mia... porque los gritos no me asustan... y cuando se ataca á mis amigos, yo no huyo, entiendes...? sino que me pongo á su lado... me pongo delante!—Quiéres seguir mi ejemplo...?

Eduardo. Puedes dudarlo?

Roberto. Pues voy á decirte lo que debemos hacer.

Eduardo. En primer lugar, nos batimos.

Roberto. Corriente! eso sería acabar con su reputacion... un duelo sería el golpe de muerte!—Ahora bien: el mejor modo de vencer á la calumnia, es subir hasta su origen... Probemos, pues: busquemos juntos el origen de todas esas voces.—Quién es el primero que te ha hablado de eso...? á ver... recuerda...

Eduardo. Qué sé yo...? fue ayer... aqui... en esta sala... (*John sale por el fondo y se dirige á la derecha, llevando una bandeja con servicio de té. Pone un momento la bandeja en la mesa, arregla las tazas y demas*

cosas, y se va. Eduardo, que ha estado cavilando, dice al verlo marchar:) Mira...! John, el criado de la fonda... ese fue el primero...

Roberto. Lo creo...! semejante voz debia tener tan bajo principio! Ahi tienes esa opinion pública de que me hablabas... ese es un fragmento de ella... un digno fragmento...!

Eduardo. (*A media voz.*) Un miserable...!

Roberto. Sí, un miserable que ahora desprecias porque es solo... pero ánte el cual te inclinas cuando son muchos.—Veamos... nómbrame otro.

Eduardo. Qué otro...! todo el mundo...!

Roberto. (*Impaciente.*) Pero en fin, quién?

ESCENA V.

EDUARDO. ROBERTO. MACKINGTON.

Eduardo. (*Viendo á Mackington, que sale con un papel.*) A propósito...! el señor Mackington, que está presente.

Roberto. (*Admirado.*) Mackington...!

Eduardo. El me ha hablado de tres ó cuatro amantes...

Roberto. Cómo...! el señor es Mackington...!

Mackington. El mismo... vos no me conocíais...

Roberto. Ahora os conozco...! Deshonrar á una jóven... sin datos... sin pruebas...!

Mackington. (*Con presteza.*) Me lo habian dicho, señor escelentísimo...! y yo lo creí... porque...

Roberto. Porque la conocíais, sin duda...?

Mackington. No señor... porque no la conocia... porque no la habia visto en mi vida... porque ignoraba el interes que os tomábais por ella... y ademas, porque me aseguró el hecho una persona repetable... un pariente vuestro.

Roberto. Quién?

Mackington. Yo siempre atestiguo con vivos... sir Daniel.

Roberto. Mi cuñado...?

Mackington. Me dijo... ó me dió á entender... que él habia sido uno...

Roberto. Él...! que ha visto ayer á Cecilia por la primera vez...

Machington. Verdad es que hoy... delante de este caballero... convino en que no habia sido él... sino un amigo suyo... un jóven... que tambien lo niega...

Roberto. (*A Eduardo.*) Qué tal...! ya lo ves...! el número de los amantes disminuye á medida que los vamos buscando... ya estan reducidos á uno solo... y aun ese lo niega... Es decir, que por un dicho... por una suposicion, y esa desmentida... se mancha el honor, la reputacion de una muger!—Pero en fin, Daniel es el autor, y ya es cosa mia. (*A Eduardo.*) Tú, anda á ver á esas señoras... trata de consolarlas... yo haré decir á mi cuñado... que le espero... aqui!

Mackington, Yo iré á decirselo... A ver si logramos combatir á la calumnia y hacer triunfar la verdad! (*Se va por el foro y Eduardo por la izquierda.*)

ESCENA VI.

ROBERTO.

Hola! El señor Daniel...! yo le enseñaré...!—Y veremos quién es ese jóven que él dice...

ESCENA VII.

EL CONDE. ROBERTO.

Roberto. Hola! Señor conde...! ya habreis leido...

Conde. Sí señor... esa mision diplomática que se me confia... venia á deciros... que... con gran sentimiento... no me es posible aceptarla.

Roberto. Y por qué causa, señor conde...?

Conde. porque... en mi actual situacion... esa gracia me ataría... me impediría decir la verdad... y sobre todo dar de bofetadas á los que dudasen de ella!

Roberto. Os aseguro... que no entiendo...

Conde. Yo me encuentro mezclado, á mi pesar, y sin embargo por culpa mia, en esas voces injuriosas que corren acerca de miss Cecilia Macdonald... y cuando he querido tomar su defensa y justificarla... se ha di-

cho que mi intencion no era declarar la verdad, sino conseguir por ese medio vuestro favor... Ya sabeis lo que esto quiere decir...

Roberto. Ya...! ya os entiendo! — Pero esas voces que corren respecto á vos...

Conde. Son falsas, de toda falsedad...! y por mas que lo repito... que lo digo á todos... al mismo Daniel, que es quien me acusa...

Roberto. (*Con viveza.*) Alto! —Sois vos el amante que dice Daniel haber merecido de Cecilia...

Conde. No la habia visto en mi vida.

Roberto. (*Frotándose las manos.*) Bravo...! lo que yo decia...! siempre es asi...!

Conde. Y sin embargo... á decir verdad... no es Daniel el mas culpable en este asunto...

Roberto (*Viendo venir á Daniel, y yendo á él.*) Ahora lo veremos.—Venid acá, sir Daniel...!

ESCENA VIII.

EDUARDO. ROBERTO. DANIEL.

Daniel. Qué ocurre...? Mackington me ha dicho que estás furioso conmigo.

Roberto. Y tengo razon! Tú has tenido valor de decir...

Conde (*Interrumpiéndole.*) No me habeis dejado acabar.— Cuanto ha dicho es falso, si señor... pero yo, por una ligereza, por una debilidad... le he dado derecho á creerlo y á decirlo. Asi, pues, debo confesar que el señor aun cuando decia una falsedad... una calumnia... la decia de buena fé.

Daniel. Quién lo duda...! yo siempre hablo de buena fé...

Roberto. (*Al conde.*) Acabad, señor conde, acabad...! Como tutor de Cecilia, tengo derecho á pedir esplicaciones...

Conde. (*Turbado.*) Si señor... lo sé...

Daniel. Y yo tambien, puesto que se me calumnia con mi cuñado...

Roberto (*Haciéndole callar.*) Basta!

Conde (*A Roberto.*) Yo ciertamente... lo deseo en el alma...! pero la dificultad está... en daros esa esplicacion... sin comprometer quizá... á otras personas...

Roberto. No las nombreis... yo no quiero nombres, sino hechos.
Conde. Es que... los hechos... son dificiles de contar... aqui... y en este momento... sin reflexionar... sin prepararme...
Roberto. Ba...! un jóven de talento, como vos, debe saber decir las cosas...
Daniel. Y luego... nosotros entenderemos á media palabra...
Conde. (*A Roberto.*) No quisiera confiar este asunto sino á vos solo...!
Roberto. Imposible...! No fuí yo, sino mi cuñado, el testigo de la calumnia... y en su presencia es donde debe desmentirse. (*Hace pasar al conde entre los dos, quedando colocados asi: Roberto. - El conde. - Daniel.*)
Daniel. Eso es lo que manda la razon... y la equidad!
Conde. (*Titubeando.*) Ya lo sé... y sin embargo... (*Cobrando ánimo.*) Pues señor... hace seis meses... que estando yo en Edimburgo... vivia en la fonda de la Union... una señora...
Daniel. Casada...?
Conde. (*Con calma.*) No señor... viuda...
Daniel. Ah! — Si... hay viudas muy amables...!
Conde. Esta era preciosa...! jóven, viva, elegante...
Daniel. Como todas las viuditas...!
Conde. Alli estaba... sola... con una camarera... yo la habia conocido en Londres... nos habiamos mirado varias veces... en paseo... en... Por fin, alli estrechamos relaciones... era muy aficionada á la música... y pasábamos las noches... tocando el piano...
Daniel. (*Con malicia.*) Ja, ja... Sí, sí...!
Conde. Cantando duos alemanes...
Daniel. (*Idem.*) Ja, ja... Ya, ya...! — Adelante. —
Conde. Y un dia... el dia de su marcha... despues de una discusion... una discusion musical... sumamente animada... nos separamos, para no volvernos á ver... (*A Roberto.*) como en efecto no la he vuelto á ver... os lo juro!
Daniel. Eso qué le hace...!
Conde. Salia yo de su cuarto... y en un corredor de la fonda me encuentro de manos á boca... (*Señalando á Daniel.*) con el señor.

Daniel. Yo acababa de llegar de Londres... eran las cuatro de la mañana... Hola! mi amigo, le dije riendo, de dónde salís á estas horas...?

Conde. Y yo, sorprendido... turbado... no queriendo comprometer ni nombrar á la verdadera persona... señalé maquinalmente con el dedo la primer puerta que vi... encargándole el secreto...

Daniel. Puerta de medio-punto, número 12... me parece que la estoy viendo!

Conde. Aquella tarde, estando con el señor y otros varios en el patio de la fonda, atraviesa una hermosa jóven con otra señora mayor y suben en un coche. Cuál sería mi sorpresa al oir al señor, y á los demas á quienes él habia contado la aventura, mirar á la jóven, darme la enhorabuena por mi dicha.—Aqui empieza, por mi parte, una falta reprensible, y que no me perdonaré jamas! Es cierto que negué haber logrado la dicha que me atribuian...

Daniel. Muy cierto... yo soy testigo!

Conde. Pero tambien es cierto que no lo negué de un modo terminante y positivo. Ya se ve... aquella jóven era forastera, desconocida de todos... yo no la habia visto en mi vida, ni esperaba volverla á ver... y la vanidad de los pocos años... la ligereza... y otras razones... quizá mas poderosas... el temor de comprometer á una persona á quien habia jurado secreto... ya veis...!

Roberto. Veo que entonces pudísteis creer que debiais obrar asi; pero ahora las cosas han llegado á tal punto, que la justificacion de Cecilia no puede ser completa sino diciéndose el nombre de esa persona...

Conde. (*Con viveza.*) Eso nunca...! jamas!—Su categoría... sus circunstancias... el puesto que ocupa en la sociedad... Ah! primero morir que destruir su reputacion!

Roberto. (*Con severidad.*) Esa dama merece tanto respeto en su desliz, que sea necesario sacrificarle la honra de una jóven inocente y pura...?

Conde. Es verdad...! pero sino por ella... por su familia... por los suyos... entre los cuales hay personas de mérito y honradez... que yo estimo y respeto...

Roberto. Qué importa...! las faltas son personales... la verdad antes de todo...! vuestro deber es publicarla.

Daniel. Sí señor...! es preciso que hableis... que lo digais todo.

Conde. (*A Roberto.*) He dicho todo lo que podia decir... no me pregunteis mas! Fuera de esto mandadme... disponed de mí... obedeceré... haré cuanto querais... pero, os lo ruego... os lo suplico...!

ESCENA IX.

MACKINGTON *sale por el foro.* CLARA *sale por la derecha.* ROBERTO. EL CONDE. DANIEL.

Clara. (*Que ha oido las últimas palabras.*) Hola...! El señor conde pretendiendo tambien...!

Roberto. Sí, Clara.

Mackington. (*A Clara.*) Ya van llegando los convidados al convite ministerial... Si vierais cuánto coche...! (*Daniel se dirige al foro y luego va á colocarse á la izquierda de Clara.*)

Clara. Mejor! (*Dirigiéndose á Roberto é indicando al conde.*) Deseo que sea mas feliz que yo, y que le concedas lo que solicita.

Conde. (*A Roberto.*) Yo tambien lo deseo!

Clara. (*Con tono alegre.*) Oh! y lo merece... un caballero tan galante... tan amable... tan complaciente... (*Dirigiéndose hácia la derecha, donde está Mackington, en tanto que los otros tres hablan en voz baja.*) El año pasado, mientras mi señor marido me dejaba sola en Edimburgo... él me hacia compañía... tocábamos el piano... cantábamos duos alemanes...

Daniel, Roberto y el Conde. (*Volviéndose de repente sorprendidos.*) Cielos...!

Roberto. (*Deteniendo con la mano á Daniel, que queria ir hácia Clara.*) Silencio...! qué vas á hacer!

Clara. (*Riendo admirada.*) Qué les ha dado á los tres...? (*Los convidados empiezan á salir por el foro.*)

Daniel. (*Detenido por Roberto.*) Qué me ha dado...? qué me ha dado...? Ya viene gente...! (*Aparte.*) Y tener que reprimir mi cólera!

Roberto. (*Aparte al conde.*) Señor conde... soy con vos al momento. (*El conde se va por la izquierda. Clara se dirige á las damas que han entrado, y habla con ellas.*)

ESCENA X.

MACKINGTON. CLARA, *en el fondo.* DANIEL. LADY SAUDERS. EDUARDO. ROBERTO.

Lady. (*A Roberto.*) Por fin, como yo habia pronosticado, y como no podia menos de suceder, existe ya la prueba evidente de que todo ha sido una calumnia...? Sir Eduardo me lo ha asegurado...

Roberto. (*Turbado.*) Sí... milady... sí, á no quedar duda!

Eduardo. (*A Roberto, con gozo.*) Bien me dijiste... que al cabo tú la justificarias delante de todos!

Roberto. (*Cada vez mas turbado.*) Es verdad... sí... lo dije... y lo repito... Pero en este momento... y en presencia de tanta gente... no me es posible.

Eduardo. Al contrario... esta es la ocasion... delante de todo el mundo! (*Quiere dirigirse al fondo: Roberto le detiene con la mano.*) Qué tienes...? tú que estabas tan confiado... tan resuelto... (*Observándole.*) Estás pálido y turbado...! Qué, vacilas...? te quedan dudas...?

Roberto. Dudas...? cuando con una palabra puedo volverla el honor...!—Sí, suceda lo que quiera... (*Aparte.*) y aunque sea á costa del mio, debo hacerlo. (*Da un paso: Daniel se le pone delante: Roberto se detiene.*) Ah! no...! mi pobre padre...! se moriria de dolor! (*A Eduardo.*) Despues... y á tí solo.—Entre tanto, si mi palabra no te basta... (*Indicando á Daniel.*) ahi tienes el que dió fundamento á esa calumnia...!

Eduardo. (*A Daniel.*) Vos...!

Roberto. Él sabe, mejor que nadie, cuán injusta es! (*Se va por la misma puerta que el conde.*)

ESCENA XI.

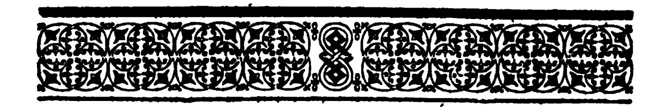
MACKINGTON. CLARA. LADY SAUDERS. DANIEL. EDUARDO. CONVIDADOS.

(*Asi que marcha Roberto, Clara baja al proscenio.*)

Eduardo. (*A Daniel.*) Ahora bien, caballero, puesto que vos sois quien está al corriente de todo...

Clara. (*Con tono alegre*.) De veras...?
Eduardo. Hablad...! ya os escuchamos.
Lady. Sí, sí...! yo tengo derecho de exigiros las pruebas de la inocencia de Cecilia... con que dádmelas!
Eduardo. Y yo las publicaré en alta voz...!
Daniel. Eso faltaba...! Pues yo os declaro, caballéro, que no tengo nada que decir... ni á vos, ni á nadie.
Clara. Eso es que no sabe nada.
Mackington. Es probable!
Daniel. (*Furioso*.) Que no sé nada, decís...? que no sé nada...? lo sé todo!
Clara. Pues entonces habla...! quién te lo impide...?
Daniel. Quién me lo impide...? Tú me lo preguntas...!
Eduardo. Sí señor...! y yo tambien os lo pregunto.— Harta ligereza fue acusar, delante de mí, á una persona que yo debo defender... Pero saber que está inocente de vuestras calumnias, poder justificarla y no hacerlo... es un proceder que no me atrevo á calificar... un proceder que me autoriza á pediros satisfaccion... y os declaro aqui, caballero, que hablareis...
Lady, Mackington y *Clara*. Sí, que hable... que hable...!
Daniel. (*Mirando á Clara y conteniéndose apenas*.) Estoy sofocado...! delante de mí... con esa desvergüenza...!—Pues no...! no hablaré...!
Eduardo. (*Tomándole la mano con ira*.) Hablareis, ó nos batiremos...!
Daniel. (*Fuera de sí*.) Pues bien...! yo necesito desahogar mi cólera...! me batiré con cualquiera... Sí señor, nos batiremos!
Cecilia. (*Sale por la izquierda y oye estas palabras*.) Cielos...! batirse...! (*Vacila, y casi se cae: Mackington y lady Sauders corren á sostenerla y se la llevan á su cuarto*.)
Eduardo. (*A Daniel*.) Cuando gusteis.
Daniel. Ahora mismo! (*Se van precipitados por el foro: Clara y los convidados los siguen en desorden*.)

FIN DEL ACTO CUARTO.





Acto quinto.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

LADY SAUDERS, *que sale por el foro.*—CECILIA, *apareciendo por la izquierda.*

Cecilia. (*Con inquietud.*) Tia...! qué noticias hay?
Lady. Malas...! El duelo ha tenido efecto!
Cecilia. Pobre de mí!
Lady. Aun no sé los pormenores... parece que el conde de Wisley ha intervenido, y que uno de ellos ha salido herido... levemente, segun dicen; pero no importa, el escándalo es siempre el mismo... y despues de semejante campanada, por mas que quiera yo defenderte...
Cecilia. Cómo! señora...!
Lady. Vamos, Cecilia, dejémonos de esclamaciones, y hablemos con franqueza. Aun queda un medio de salvarte... y yo, como parienta tuya... aunque algo lejana... y envuelta tambien en esa calumnia, que es preciso destruir, me he creido obligada á tentar el último remedio.
Cecilia. Permitidme únicamente...
Lady. Óyeme primero, y luego me responderás... aunque no hay nada que responder.—El marques de Somerset, par de Inglaterra, y tio del conde de Wis-

ley, ha venido á este sitio real con la corte... figúrate cuál habrá sido su asombro al saber la conducta de su sobrino...! porque el marques es muy religioso y muy moral...! Yo le he tratado en mi juventud... éramos amigos... Ahora le he hablado... y entre personas de clase es facil ponerse de acuerdo... se habla un mismo lenguaje. Hemos convenido, pues, en que aqui es indispensable un casamiento... él se encarga de convencer á su sobrino... que es su heredero...

Cecilia. Pero tia...

Lady. Él buscaba para su sobrino una novia rica... por que el conde no tiene bienes... tú los tienes... su familia consiente... yo tambien...

Cecilia. (*No pudiendo contenerse.*) Pues yo, señora, no consiento!

Lady. Cómo...! despues de lo que ha pasado entre los dos...!

Cecilia. Entre los dos no ha pasado nada!—Pero ya que, segun decis, os interesais por mí... dadme una prueba de ello... una sola... la mayor de todas... marchémonos, sacadme de aqui!

Lady. Y qué se dirá...!

Cecilia. Digan lo que quieran... con tal que yo me marche... que me aleje...

Lady. Qué súbita resolucion es esa...? algun misterio encierra...!

Cecilia. Ninguno, tia!

Lady. Pues yo digo que sí...! y como no es cosa de que siga yo haciendo... como parece que he hecho hasta ahora... un papel indigno de mí, no consiento ya secretos ni restricciones. Creo ademas que lo que he hecho por tí me da algun derecho á tu confianza... con que habla... esplícate... y accederé á tus ruegos... te sacaré al instante de aqui.

Cecilia. (*Con impaciencia y dolor.*) Pero qué quereis que os diga...? yo no tengo nada que descubriros...!

Lady. Cómo...! pues qué, el conde de Wisley...

Cecilia. Ni siquiera le conocia...! ayer le vi por la primera vez... en mi vida he pensado en él...

Lady. Segun eso... dime la verdad... tú no has amado nunca... no amas á nadie... me lo juras delante de Dios!

Cecila. (*Con empacho.*) Ay, tia...!

Lady. Callas...? con que es verdad lo que dicen...!

Cecilia. Ah! Dios es testigo de que hasta este momento no habia leido claro lo que pasa en mi corazon!

Lady. Y por qué no me lo has dicho antes...?

Cecilia. Porque nunca he podido darme cuenta á mí misma de lo que sentia...! yo lo atribuia á amistad... á gratitud... y nada mas... y sin embargo, desconfiando de mí propia, me esforzaba á vencer mis sentimientos, á borrarlos de mi alma... á querer el que me destinaban por esposo...! Pero cuando he visto que ese mismo... y vos... y todos me abandonaban... y una sola persona me defendia, me amparaba, esponia su honor por salvar el mio...! entonces... qué quereis que os diga...! penetrada de gratitud, de admiracion, de ternura... conocí á fondo lo que sentia hácia él...! y lejos de avergonzarme, me parecia que era una deuda legítima... y me envanecia de ello!—Este es mi delito... no he cometido otro... y solo á vos lo confiaria... (*A media voz y con espresion.*) Sí... yo le amó!

Lady. A Roberto...!

Cecilia. Sí...! al mas noble, al mas generoso de los hombres!

Lady. Cómo...! el que seduce á una jóven confiada á su custodia y á la mia...!

Cecilia. No, milady...! él ignora lo que acabo de descubriros.

Lady. Vamos... vamos...!

Cecilia. Os digo que lo ignora... que no lo sospecha siquiera... ni lo sabrá jamas...! y en prueba de ello vuelvo á suplicaros que me lleveis con vos... que nos marchemos al instante...

ESCENA II.

LADY SAUDERS. MACKINGTON. CECILIA.

Mackington. (*Que ha oido las últimas palabras.*) Perdonad... pero temo que ahora no sea prudente...

Cecilia. Por qué?

Mackington. Por las voces que corren acerca de ese funesto desafio... cuentan que el ministro debia batirse

hoy con sir Eduardo... Todo el mundo lo creia... pero parece que se ha negado...

Cecilia. Eso no es verdad!

Mackington. Bien...! pero es lo que se dice.—Tambien parece que el conde de Wisley se ha mezclado en el negocio... y se ha batido en lugar del ministro... Esto es increible... pero asi se dice!—En fin, él ha salido herido...

Lady. Ah...! el conde es el herido...?

Cecilia. Levemente... segun dicen.

Mackington. No señora...! de gravedad...! (*Con sentimiento maligno.*) yo siento decíroslo...!

Cecilia. (*Conteniendo un impulso de indignacion.*) Eh...! acabad...!

Lady. Vos lo habeis presenciado...?

Mackington. No señora... cuando llegué ya se habia concluido todo... pero lo sé por un testigo ocular..., digno de fé... y todos estan compadecidos de ese pobre jóven... y furiosos contra el ministro. (*Movimiento de Cecilia.*) No hay razon para ello, ya lo sé...! pero es clamor general... y clamor que de esta hecha lo hunde...! Tendrá que dar su dimision!—(*Aparte.*) Si me nombrara en el testamento...!

Lady. Con que hay tanta indignacion contra él?

Mackington. Oh...! creo que si sale á la calle lo apedrean...!

Cecilia. Dios mio!

Mackington. Y lo peor es... una injusticia atroz...! lo conozco...! pero á vos tambien... por las relaciones que median... os tienen unas ganas...!

Lady. Qué decis...?

Mackington. Hay grupos en la plaza... y si ven el coche... con vuestras armas...

Lady. Las armas de Sanders...!

Mackington. Justamente...! allá irán piedras y tronchos... lo que debeis hacer es salir por la puerta falsa de la fonda... yo os la enseñaré... y tomais otro coche...

Cecilia. Ah...! como podré agradeceros...!

Mackington. Yo no lo hago por interes...! aunque esta mañana me recibió milady tan mal... pero de vos espero que hareis...

Cecilia. Ah! contad con mi gratitud...! (*A lady Sauders*.) Este hombre es el único que nos ha mostrado aprecio...!

Mackington. Ea, venid... vamos por la puerta falsa...

Cecilia y *Lady Sauders*. Sí, vamos... vamos...!

ESCENA III.

MACKINGTON. LADY SAUDERS. CECILIA. ROBERTO.

Roberto. Qué es eso...? por qué os vais?

Cecilia. No sabeis lo que pasa...? ese alboroto...!

Roberto. (*Sonriendo*.) Todo se ha compuesto. Yo fuí con el conde, y llegué precisamente cuando empezaba el duelo. —No habia medio de hacer entrar en razon á los dos adversarios... y queriendo ponerme entre ellos... recibí este arañazo... (*Mostrando la mano bendada con una cinta negra*.) única sangre que se ha vertido en este memorable combate...

Lady. Pues si decian que el conde estaba herido...!

Cecilia. Y de mucha gravedad...!

Mackington. John, el mozo de la fonda, me dijo que se lo habia dicho un testigo ocular...

Roberto. Eh...! para creer en las relaciones de las grandes batallas! —En fin, á la guerra sucede la paz... y acabamos de firmarla: el conde y yo le dimos á Eduardo razones tan claras, tan evidentes, tan positivas... que al fin alargó la mano á su adversario.

Mackington. Hola...! (*Va á sentarse junto á la mesa y se pone á leer periódicos hasta el fin de la escena*.)

Roberto. (*A Cecilia*.) Te cumplí lo ofrecido... las sospechas de Eduardo se han disipado... no tardará en venir á reclamar esa mano que le pertenece... y por la cual ha combatido... Cuando estemos en la mesa... yo anunciaré á la corte oficialmente vuestro matrimonio...

Cecilia. (*Con empacho*.) No señor... no... yo os lo suplico...!

Roberto. Cómo es eso...?

Cecilia. Mucho me complace que sir Eduardo me haga justicia... aunque tardia... Pero el que una vez ha sospechado de mí... y me ha acusado...

Roberto. Vamos, vamos...! todos estamos sujetos á error... y él, por su carácter, mas que nadie! Pero no olvides que, aun creyéndote culpada, te amaba, te defendia y se batia por tí... medio que quizá te comprometia mas... pero que al cabo prueba... si no su juicio, al menos su amor!

Cecilia. Sí, pero acordaos de que ayer aun me dejabais libre en mi eleccion...!

Roberto. Ayer, es verdad; con una palabra tuya, todo lo hubiera deshecho; pero hoy, hija mia, ya no es posible: ese duelo... y las voces que lo han precedido... hacen este matrimonio necesario... indispensable... Por tí misma, Cecilia, por tu honor, yo te lo ruego... te lo suplico... en nombre de la razon... en nombre de la amistad...!

Cecilia. (*Vacilando.*) Ah! señor...!

Roberto. Tu padre me trasmitió sus derechos... ya lo sabes... si viviera... él mismo te diria: «Hazlo, hija mia, yo te lo mando!»

Celicia. (*Aparte á lady Sauders.*) Lo oís, señora...! os dije yo la verdad...?

Lady. (*A Roberto.*) Sin embargo... si hubiese obstáculos...

Cecilia. (*Aparte á lady Sauders, con viveza y en voz baja.*) Silencio... por Dios!—(*A Roberto.*) Puesto que vos lo quereis... aunque me violente... obedeceré... no partiré. (*A Mackington.*) Os doy gracias por el interes que me habeis manifestado... y que no olvidaré jamas.—Venid, señora. (*Se van las dos por la izquierda.*)

ESCENA IV.

MACKINGTON. ROBERTO.

Roberto. (*Admirado.*) Os da las gracias...!

Mackington. Sí... de lo que he hecho en su favor para reparar un error involuntario... Espero que esta conducta bastará á borrar el mal que mis enemigos os han dicho de mí.

Roberto. Enemigos...! Señor Mackington, vos no teneis mas enemigos que vos mismo. (*Dándole un papel.*) Mirad el memorial que recibí ayer al llegar aqui.

Mackington. (*Mirándolo.*) Uno de mis memoriales...! es posible...!!
Roberto. Acerca del cual vos mismo me disteis informes.
Mackington. Pues no debeis darles crédito... Fue un error... fue una calumnia...!
Roberto. (*Sonriendo.*) No señor: los hechos que me alegásteis vos contra vos mismo... son exactísimos.
Mackington. Fue una distraccion... no supe lo que me dije!
Roberto. Pero bien lo sabiais al esparcir por el pueblo mil voces injuriosas contra el otro que solicita el empleo...! el acusar á Hasting de haber venido á mí con denuncias é intrigas... y yo ni siquiera le habia visto! —Hola! dije yo: á este le injurian y le calumnian... debe ser hombre de bien: y asi es: acabo de verle... y ya tiene el empleo.
Mackington. Es posible...?
Roberto. A nadie se lo debe mas que á vos.
Mackington. (*Furioso.*) Pues bien...! yo os prometo...!
Roberto. Eh! basta...! dejadme. (*Pasa á la derecha y se sienta junto á la mesa.*)
Mackington. (*Aparte.*) Esto ha sido una intriga infernal...! Algo hay aqui...! porque cómo es creible que yo me haya calumniado á mí mismo! —Voy á contárselo á todo el mundo... y á escribirlo á los periódicos de Londres! (*Se va.*)

ESCENA V.

ROBERTO, *solo, sentado.*

Por fin... aunque no sin trabajo, todo se ha arreglado! Eduardo va á llegar... ya sabe la verdad... y ahora el secreto es suyo... es nuestro! —Mi hermana no quedará comprometida... y su deshonra no abreviará la vida de mi padre! —Daniel me ha ofrecido guardar silencio... con su muger... á la cual yo me reservo hablar. Y una vez casada Cecilia... esos rumores perderán su fuerza... y se estinguirán por sí mismos. —(*Viendo llegar á Cecilia.*) Pero qué es esto... qué traes?

ESCENA VI.

ROBERTO. CECILIA.

Cecilia. (*Alterada.*) Vos me habeis dicho que mi deber me mandaba dar la mano á sir Eduardo: que mi honor, que mi reputacion dependian de este matrimonio...?
Roberto. Y asi lo creo.
Cecilia. (*Dándole una carta.*) Tomad.
Roberto. (*Mirándola.*) Es de Eduardo!
Cecilia. (*Conmovida.*) Sí señor: le consta, como á vos, que no soy culpada, tiene pruebas de ello... pero dice que esas pruebas no puede manifestárselas á las gentes que me acusan y me creen delincuente.
Roberto. (*Que ha recorrido la carta.*) Ah! indigno...! te aprecia...! te ama...! y no tiene valor para arrostrar, dándote la mano, una infame calumnia...! calumnia que yo no puedo desmentir! (*Arrugando con rabia la carta.*) Ah! se acabó la amistad entre los dos...! voy corriendo...!
Cecilia. (*Poniéndosele delante.*) Adónde...?
Roberto. A pedirle cuenta de tu honra, confiada á mi proteccion...! de tu honra, que es para mí tan preciosa como la mia!.
Cecilia. Y á quitármela para siempre!
Roberto. (*Da un grito y se detiene.*) Ah!
Cecilia. Ya veis que hacia bien en querer marchar. En cuanto á esas calumnias que me imputan... haré lo que vos... las despreciaré.
Roberto. Ah! no es lo mismo, hija mia...! Un hombre puede despreciar la opinion... pero una muger... pero tú, pobre niña...! imposible...! al cabo sucumbirias!
Cecilia. Pues bien...! me resignaré á mi suerte... viviré pura, inocente... y deshonrada...! deshonrada para el mundo... pero no para vos, es cierto?
Roberto. Ah! no...! tú eres para mí la misma virtud!— Y no poder defenderla...! (*Con rabia.*) Por la primera vez de mi vida retroceder ante la calumnia... cederle la victoria... abandonarle su víctima...! dejar que la marque con el sello del crimen... cuando yo

tengo la conviccion de su inocencia!—(*Reflexionando.*) Pero dice bien... aunque yo me bata con ese infame... con todos ellos... mi muerte no la justificaria... todo lo contrario...! (*Como inspirado.*) Pero... y mi nombre...! mi nombre, quizá...! (*Dirigiéndose á Cecilia.*) Cecilia...! quieres ser mi esposa?

Cecilia. (*Dando un grito y cayendo á sus pies.*) Ah...!

Roberto. Tú no puedes amarme... ya lo sé...! eso es imposible...! Pero yo sí te amaré... te amaré tanto... como á un angel de pureza y virtud...! y puede que allá... algun dia... tú, por amistad... por gratitud... (*Procurando levantarla.*) Responde... quieres...? quieres...?

Cecilia. (*Echándose en sus brazos llorando.*) Ah...! Roberto...!

ESCENA VII.

ROBERTO. CECILIA. LADY SAUDERS.

Lady. (*Viéndolos abrazados da un grito y aparta la vista.*) Ah! qué escándalo!—(*Yendo á Cecilia.*) No eres tú la que me vuelve á engañar...? Ponderame ahora ese amor puro y platónico que te costaba tanto rubor confesarme...

Roberto. Qué dice...?

Lady. Ese amor misterioso que le profesabas en secreto hace tanto tiempo, y que él no sospechaba siquiera...!

Cecilia. (*Alargando hácia ella la mano.*) Ah! callad...!

Roberto. (*Con gozo.*) No, no... hablad...! será posible...! ella os ha dicho...

Lady. (*Con severidad.*) Lo que sabeis mejor que yo, caballero!—Ya sé lo que debo pensar y creer: todo lo que se decia era cierto...! y no espereis que yo autorice relaciones criminales.

Roberto. (*Deteniéndola.*) No...! quedaos... y sabreis la verdad!

ESCENA VIII.

JOHN, *algo retirado*. LOS TRES PRETENDIENTES. MACKINGTON. CLARA. ROBERTO. CECILIA. LADY SAUDERS. DAMAS *y* CABALLEROS.

Roberto. Señores, desde ayer corren aqui ciertas voces injuriosas... que sabeis como yo... (*Mirando á Mackington.*) y quizá mejor!—Pues yo declaro delante de todos que son falsas y calumniosas. Esta conviccion... bien lo sé... no puedo comunicarla á los demas... no puedo obligaros á creer en mis palabras... pero quizá creereis en mis acciones.—Os he convidado, señores... (*Dando la mano á Cecilia.*) para presentaros á mi esposa!

Mackington y *John.* Su esposa...!

Lady. (*Con satisfaccion.*) Su esposa...!

Clara. (*Con despecho.*) Se casa con ella...!

Mackington. (*A los pretendientes.*) Ya sabe lo que se hace...! una muchacha poderosa...!

Cecilia. (*Aparte á lady Sauders con gozo.*) Qué decis ahora...!

Lady. (*Con severidad.*) Estaba en obligacion de hacerlo.

Cecilia. Cómo...! aun creeis...?

Lady. No se hable mas de eso!—(*En alta voz.*) Yo doy mi consentimiento.

John. (*A Mackington.*) Yo lo creo...! ahora le doblará la pension de mil y quinientas libras esterlinas que disfruta...

Clara. (*A Roberto en voz baja.*) No está en mi mano impedirte que me des por cuñada á esa... niña...! Pero te declaro aqui que no la visitaré, ni alternaré con ella, ni la recibiré en mi casa!

Roberto. (*Con tono solemne.*) La recibirás y la respetarás...! ó de lo contrario... (*Tomándola del brazo y llevándosela aparte.*) publicaré quién fue la que deshonró su nombre el año pasado en Edimburgo! (*Haciéndola pasar al lado de Cecilia.*)

Clara. (*Aterrada.*) Ah, hermano...! (*Humillándose delante de Cecilia.*) Cecilia! (*Cecilia la levanta y la abraza.*)

Mackington. Su pobre hermana...! violentarla de ese modo...! Es un déspota...!

John. Es un tirano...!

Mackington. Es un hombre infame...!

Roberto. (*Notando el murmullo de los circunstantes, y poniendo la mano sobre el corazon.*) Ah! mi conciencia está satisfecha... hable el mundo lo que quiera!

FIN DE LA COMEDIA.

